LOS MÁGICOS CUENTOS DE ANNE





Asociación Hogar-Escuela Seshat

Las Mágicos Cuentos de Anne

Editado por AHESAT
Código de Registro: AL2013-lmca
Fuente en Internet: www.losmagicoscuentosdeanne.blogspot.com
www.ahesat.blogspot.com
ahesat.org@gmail.com

NOTA: El contenido de este Audio-Libro, forma parte del trabajo desarrollado en la Escuela Seshat Cosmosophia para AHESAT. Los textos están escritos por Joanna Escuder (pseudónimo de Núria Gómez) y la voz en off de los audios es de Mª Carmen Millán.

ÍNDICE

Cuento	Título	Página
	Introducción	6
1	La Historia de Anne y el Señor Duende…	8
2	Los Secretos que el Sabio Duende regaló a Anne…	11
3	Balak y la Historia de la Rana…	16
4	La Loba que en su lomo lucía una profunda cicatriz…	20
5	La Historia de Kabil y del Hada que no podía dormir…	25
6	¿Mamá Oca anda sola…?	31
7	La Serpiente y la Perdiz aprendiendo a convivir…	36
8	Conejo Sensible sin madriguera, libre en un lugar cualquiera…	40
9	Wubunae, el Polluelo que parecía un Mochuelo…	45
10	El Hada que añoraba la Cascada…	54
11	El Encantamiento de Anne…	63
12	El Sabio Duende Cascarrabias y la Fuente que no engaña…	67

Introducción

Durante la larga e intensa historia de la Humanidad, la sabiduría ha llegado a nosotros en forma de relato, de cuento, incluso, de adivinanza. La simbología es el lenguaje divino del Alma. Tras cada expresión, cada concepto, cada sentimiento, se esconde una poderosa información que cala en los sentidos, ampliándonos la visión de los caminos que la Vida, abre ante nosotros. Los sufíes conocían muy bien este lenguaje y lo utilizaban habitualmente en sus escuelas para enriquecer a sus alumnos.

Nuestra Escuela no es sufí, pero aprovechando esta ancestral forma de enseñanza, hemos elaborado esta pequeña entrega de Mágicos Cuentos para que sea saboreada por aquel que en verdad tenga un interés y responsabilidad sobre la Vida.

Los Humanos que caminan de puntillas y no se sumergen en los abismos del Corazón, se pierden el inmenso Mundo interior, donde se esconde la Verdadera riqueza.

En este libro, se intenta conectar con esa voluntad interior, para que encuentre la intención de desvelar aquello que en Verdad mueve la Vida, que no es otra cosa que LA CONCIENCIA.

Cada historia ha sido canalizada desde el mismo Corazón y regalada a través de la experiencia. Es por este motivo, por el que los Cuentos que se exponen en este libro, contienen copyleft, es decir que no son propiedad de la Escuela ni de nadie, pero en cambio nos pertenecen a todos.

Felices y Mágicos sueños...



PRIMER CUENTO

La Historia de Anne y el Señor Duende

Karom y Heraum, dieron con Anne de forma insospechada. Apareció en un precioso nido hecho por Águilas, según les informó el Señor Duende. El bebé de tan sólo unos días, sonreía, juntando sus manitas. Heraum, que caminaba por el frondoso Bosque acompañada de Hadas y Duendes, escuchó de repente un sonido humano. Giró en redondo y fue entonces cuando una de las Hadas, de nombre Salomé, revoloteó atenta, buscando al emisor de aquellos gorgoritos. Otras Hadas se unieron a la búsqueda, mientras Heraum, muy sigilosa, sin intención de asustar a nadie, susurraba:

- Hola!!! ¿Dónde estás…? Podemos escucharte, pero no somos capaces de verte.

Los gorgoritos, después de estas palabras, se acrecentaron, uniéndose a risas. Heraum tuvo claro entonces que procedían de un bebé. Pues no había animalito en El Bosque, que riera de ese modo.
Su Corazón se impresionó.

- Un bebé en medio del Bosque!!! – exclamó -. Rápido – alertó a todos los Seres del Bosque, para que entre todos lo localizaran.

Un gran despliegue de Seres Elementales, desde los de Tierra, a los de Fuego, Agua y hasta los de Aire, se ofrecieron a la labor. Cuando de repente, un insignificante Señor Duende, gritó:

- ¿Qué está ocurriendo aquí…? ¿Qué es este ruido…? Vais a despertar a la niña.

Heraum, rápida increpó al cascarrabias, gruñón:

- ¿Acaso tú la has visto…? ¿Dónde está la pequeña…?
- Pues claro, he estado cuidando de Ella. Preparándole su biberón, riendo y jugando y cantándole nuestra Canción – aclaró el viejo que aparentaba ser un gruñón, pese a que aquella acción delataba su ternura.

Heraum, se acercó al Señor Duende, con la intención de exigirle ver a la niña, pero entonces, cambió de opinión. Esperaría a que fuera el Duende quien se la mostrara. Sintió que eso era lo mejor.

Al Señor Duende, le llamaban así, pues era el más Anciano, según le informó Salomé. Nadie conocía su nombre, nadie supo nunca por qué siempre era Él, quien sabía todo lo que ocurría en El Bosque. Entonces Salomé - que era muy joven y risueña, podría decirse que un Hada pícara, pero con un Corazón enorme - en vistas de que el Señor Duende, ignoraba el deseo de Heraum, decidió intervenir:

- ¿Con qué alimentas al bebé…? – preguntó, como si nada, intentando entablar conversación con el viejo cascarrabias.

Mientras, el Señor Duende, labraba su parcela, con la intención de plantar semillas de acerola, para tener alimento para todo el invierno, contestó:

- Hiervo caña de azúcar, le extraigo el dulce. Macero en una cazuela, corteza de la planta lechosa de la papaya. Lo mezclo todo hasta formar un brebaje consistente pero líquido y se lo doy a pequeños sorbos – confesó, mostrando toda su buena Fe.
- Pero, sabes que la niña no sobrevivirá mucho tiempo con tan limitado alimento. Es un Ser Humano, no pertenece a nuestro Reino – le advirtió con mucho cariño Salomé.

Un grave gruñido resonó, chocando contra los árboles, provocando que se sacudieran las hojas. El Señor Duende gruñía y labraba, intentando controlar sus emociones, le había cogido gran cariño a la pequeña. En su fuero interno sabía que llegaría ese momento. Fue entonces, cuando resignado, gritó:

- Esperad!!! – miró al Cielo y continuó diciendo – cuando el astro Sol se alinee con esa encina, tengo que darle su siguiente comida y se la pienso dar Yo – dijo firme, quebrándosele la voz –. Cuando acabe de su siesta, os la entregaré – le aseguró a Heraum, con un gran nudo en su Corazón.

En El Bosque, todos los presentes quedaron mirando al Cielo. Tomaron asiento y observando el astro Sol, esperaron en silencio.
De tanto en tanto, unos dolorosos sollozos, rompían el silencio que habían creado entre todos. Eran las lágrimas del Señor Duende. Lágrimas que surcaban las arrugas de su cara para caer sobre la tierra, humedeciendo las semillas.
Por fin, el Sol, se alineó con la encina y todos expectantes, comprobaron como el Duende daba de comer a la niña.
La pequeña, no paraba de reír y hacer graciosas muecas que llenaban de Amor todos los rincones del Bosque. Cuando acabó su ración, el Duende le pidió a la pequeña que se durmiera y que llevara siempre con Ella esa Paz.

- Cuando despiertes estarás en una preciosa casa con Ella, con tu Madre y también con él, con tu Padre. Yo nunca te podría dar, lo que ellos pueden hacer. Pero quiero que sepas, que siempre en mi Corazón te llevaré. He sido muy feliz durante estos días, cuidando de ti y explicándote bellas historias que durante eones, han ocurrido sólo en este Bosque. Eres quien más conoces mis secretos, por eso sólo a ti, te voy a dar mi nombre – entonces, se hizo una pausa.

Todos los presentes lloraban con el Duende, nadie osó emitir palabra. Heraum, los observaba llena de Amor, pues comprendía el dolor que suponía una separación. El Duende entonces, por vez primera en toda su existencia, dijo:

- Soy Dariel, el primero que aterrizó en este Reino, cuando Dios creó este Bosque, para acoger a todos los que participamos en la creación de este Planeta. He esperado eones, para conocerte, pues sé muy bien quién eres.
-

Mientras Dariel se explicaba, la niña se había quedado dormidita.

- Dejadme que le cante por última vez nuestra Canción.

Todos quedaron de nuevo en silencio. Dariel, se acercó al oído de la pequeña y cantó. Su canción era el soneto más eterno que jamás nadie imaginó. El sonido alcanzó todo el Universo. El mensaje llegó a todo aquel que tenía que llegar. Cuando acabó de cantar, se dirigió más sereno que nunca a Heraum. Fue entonces cuando le dijo:

- Esta niña es muy especial. Abrirá al Mundo a la Verdad. Sé que serás una buena Madre y que el Padre cuidará de ambas. No todo será un camino de rosas, pero al final, todo regresará a su lugar. No dudes nunca de eso – sentenció -. Ahora vete!!! Vete rápido, antes de que me arrepienta – gritó, denotando su gran enfado.

Heraum, no pretendía privar a Dariel del contacto con la niña. Entonces le propuso que de tanto en tanto, la acompañaría al Bosque para que se vieran. A lo que Dariel respondió:

- No. Deja que sea Ella quien me encuentre. Yo cada día cantaré nuestra canción. Sabrá reconocerla – aseguró.

Heraum, se acercó por vez primera al bebé. Cuando la estrechó entre sus brazos, la niña sonrió dormida.
Dariel, caminaba cabizbajo y dando zancazos, de espaldas a la situación y sin girarse dijo:

- Se llama Anne. Sus Padres Originales, lo dejaron escrito.

Todos perdieron de vista al Señor Duende, sin más, había desaparecido.
Mientras Heraum caminaba con la pequeña Anne, todos los Seres que habían sido testigos, los acompañaron.
Sin casi advertirlo, un Águila se posó sobre una rama, la de un árbol que estaba en su Camino. Y luego apareció otra, y más tarde otra, y otra más, y así hasta un centenar, quizás un millar. El Camino de Anne, quedó marcado para siempre por esta especial especie de aves.

La niña todavía dormía cuando su Madre, por vez primera se la presentó a su Padre. Karom, con gran ternura la cogió en brazos y tal y como lo hizo, se hinchió su Corazón. El lazo que crearon, fue tan impresionante, que casi en el Cielo tiembla, hasta una lejanísima Estrella, que brilló con fuerza para que todos la vieran.
Al producirse esta relación, Helishan y Brahma lloraron. Ahora tenían la certeza de que su Hija sería Eterna.
Mientras los Padres Originales, sentían esta Dicha por su Hija, algo se fraguaba, que nada ni nadie podría evitar, pues todo, tan sólo acababa de comenzar…



SEGUNDO CUENTO

Los Secretos que el Sabio Duende regaló a Anne

Era tan sólo una chiquilla de menos de cuatro años, que disfrutaba de cada instante de la Vida, como si fuera el primero y el último. Jugaba con una preciosa mariposa que se había posado en su manita. Cuando su Madre la vio, divirtiéndose con aquel juego, sonrió de emoción. Heraum, tenía muy claro que la pequeña Anne, era una niña feliz. Desde que diera sus primeros pasos, siempre andaba tras los animalitos de cualquier tipo, parecía que se comunicaba con ellos. De vez en cuando, le daba por acariciar una flor, la besaba y le daba las gracias, por desprender aquella belleza y aquel aroma, que lo llenaba todo de magia y color. Anne, se entusiasmaba especialmente con los parterres de rosas, que cubrían la parte trasera de su casa. Su Padre, Karom, había además de cultivado aquel intenso Jardín para su Hija, había diseñado y construido una exquisita Fuente por la que brotaba Agua cristalina, directamente canalizada, desde el Manantial. A la Fuente, acudían cada día, todo tipo de aves a beber, así como otros muchos Seres, mientras Anne, les explicaba historias, que nadie sabía de donde las había sacado.

Heraum, siempre se sentía atraída por los increíbles y Mágicos Cuentos que explicaba su Hija. A veces, eran tan intensos e interesantes, que muchos niños, padres y madres del Pueblo Nakhan, acudían al Jardín de Rosas de Anne, se sentaban rodeando la Fuente y se añadían a los ya presentes.

Anne, acababa muchos días teniendo como oyentes, no sólo a sus vecinos y amigos, sino a multitud de Seres llegados desde El Bosque. Había una Hada muy especial, que siempre, siempre, estaba a su vera. Anne, le tenía tanto cariño a aquella Hada, que un buen día, la sorprendió con un Mágico Cuento, especialmente hecho para Ella.

Salomé, no tenía idea de que ese día, en concreto, iba a ser la protagonista de una de las Historias que Anne, con toda su calidez, iba a narrar a los presentes. Sólo cuando el Cuento estuviera comenzado, advertiría que estaba dedicado a su propia experiencia y que aquello que en su momento supuso, una gran tristeza, tenía un motivo de ser, que descubriría, cuando Salomé conociera como acabó la historia y lo que ésta encerraba.
Como si no fuera con Ella, buscó una rama de Olivo, para tomar asiento. A su lado se colocaron unos Gorrioncillos muy ancianos e intrigados por los Mágicos Cuentos que en aquel Jardín eran regalados.
Salomé, los saludó con gran cariño, hizo un breve aleteo de alas y a un tiempo expulsó con el movimiento unas frágiles esporas, llenas de aromas de otros tiempos. Un Conejo muy Sensible, estornudó. Salomé le pidió perdón, el Conejo le explicó, que aquellos aromas le habían recordado algo que ocurrió en una ocasión, y de ahí ese estornudo, como si el recuerdo fuera su liberación.
En las Aguas de la Fuente, se bañaban otras tantas aves, una Ardilla y una diminuta Mariquita, tan graciosa que muchos rieron con ella, por sus dificultades para acicalarse, sin caerse al Agua de cabeza.

Como siempre hacía Anne, esperaba el mismo instante en el que la Canción de su Corazón sonara y entonces comenzaba la narración.

Se hizo un silencio absoluto, los rayos del Sol se filtraban por entre los entramados, que formaban los rosales trepadores que habían cubierto el techado de flores. Sólo podía escucharse el caudal de la Fuente. Entonces Anne aprovechó para iniciar el Mágico Cuento, que traería a todos claridad sobre donde se encontraba en realidad la Devoción.
Era noche oscura, siquiera podía verse la Luna. El Cielo estaba nublado, una sospecha de tormenta, acechaba El Bosque. Aquellos que se habían levantado muy temprano, a aquellas horas del día ya tenían sueño. El sopor los acechaba, pero unos cuantos, la mayoría de los habitantes de aquel lugar, temían lo peor, si se brindaban aquella noche al influjo de la blanca Luna.
Por el horizonte, podía verse como una espesa niebla se acercaba, todos y cada uno de ellos, se sintieron acobardados. Sabían que no tenían que correr, que acudieran donde acudieran, la niebla lo cubriría todo.
Algunos animales, aquellos que se esconden bajo tierra, mostraron sus refugios sólo a aquellos que por su volumen, pudieran penetrar en los nidos. Quizás allí ocultos, la niebla y lo que aquella noche traía con ella, no advirtiera que bajo el suelo también había Vida.

Algunos duendes, hadas, gnomos, silfos y salamandras, así como todo tipo de Seres del Reino Elemental, fueron los que por su tamaño pudieron refugiarse, acomodándose en las madrigueras de aquellos animalitos tan hogareños, que les ofrecieron su propio hogar.
Para sorpresa de todos, una Hada, la de nombre Salomé, se negó a esconderse y dejar al resto a la intemperie, sólo porque no cabían en las selectivas madrigueras. Así, los más valientes, acompañaron a Salomé. Entre ellos se encontraba una Oca, un Papagayo, y una Perdiz, una Serpiente, una Ardilla y una Lombriz, también un Conejo, dos Gorriones y una Loba con una cicatriz. Todos ellos, los pioneros que pusieron su osadía y valor, en aquella noche que para ellos no era un temor.

Un Anciano Duende, pudo ser testigo de este gesto y de cómo el Hada, al cruzarse con otros Seres, les informaba que si permanecían unidos, no tenían que esconderse de nada.

Una ninfa descarada, le gritó:

- *De eso nada!!!*

Otra vieja descarriada, mientras corría para ocultarse en el hueco que un tronco le ofrecía, la escupió, llamándola:

- *Criatura estúpida de Dios.*

Salomé, rápido acudió a rescatar – junto con todos aquellos que la acompañaban - a aquella ave rapaz, que había sido objeto de la furia y del miedo de la vieja. Pues cuando la joven ave, se iba a resguardar en aquel agujero, la vieja lanzó una bola de barro y fuego, y le taponó el acceso.

La densa niebla seguía avanzando. El Cielo continuaba cubriéndose de miedo. La Luna, no parecía tener un hueco para colarse entre aquella bruma que lo ocultaba todo.
Solamente Salomé y todos aquellos que no temieron que El Bosque se convirtiera en su lugar de duelo, fueron los que, cada uno a su modo, continuaron caminando, explicándoles al resto, que no había razones de peso, para ocultarse de aquella noche de profundos y sabios procesos.
Para tristeza de los más osados, muchos que en realidad no lo sentían, fueron arrastrados por los miedos de sus familias. Fue tanta la locura que se desató, que el miedo constató la violencia y el

egoísmo de la mayoría. Hubieron, que fueron capaces de agredir a hijos y madres, con tal de ser ellos, los que se ocultasen, creyéndose allí protegidos de las fuerzas que la Luna, traería consigo.

Las nubes y la niebla seguían creciendo, pero eso no impedía que Salomé insistiera una y otra vez, en que no había nada que temer. Finalmente, fueron bastantes, los Seres Elementales que comenzaron a confiar en el Hada, que tanto ahínco ponía en liberarlos a todos de aquel miedo que los encogía. Fue entonces cuando otras hadas y otras ninfas, así como algunos duendes, unas pocas salamandras y los silfos - esos que se entretuvieron, en abrir paso a los lugareños, soplando sobre la niebla, para poder dar otro paso - crearon una comitiva, lo suficientemente numerosa como para que una inmensa Puerta, se abriera ante el Camino que habían decidido tomar.

Salomé, al descubrir la Puerta, se asombró de su majestuosidad. Se trataba de un acceso, a un vertiginoso corredor, que los llevaría a todos a un lugar mucho mejor. Se miraron entre ellos, curiosos y aparentemente, sin un ápice de miedo. Cuando, estuvieron unidos en aquel proceso, algo en el Cielo, se abrió. Un perfecto hueco, hizo visible de nuevo a la Luna. Selene, más hermosa que nunca, sonrió a todos ellos.
Entonces el Hada habló:

- *Tenemos que tomar una decisión. Esta Puerta es un acceso a una Vida mayor. ¿Estamos dispuestos a ello…? – preguntó, casi con la respuesta a flor de piel, erizándoles a todos por resonancia, su propia piel.*

Un Conejo muy Sensible, quiso intervenir:

- *Salomé, no sabemos que se oculta ahí. Pero quiero que sepas que yo no tengo miedo. Estoy seguro que tras esa Puerta se halla un lugar seguro, todavía por descubrir.*

Dos Gorriones, que siempre estaban de acuerdo entre ellos, también quisieron comentar su sentir y así a la misma vez dijeron:

- *Nosotros también queremos descubrir lo nuevo.*
- *Y nosotros – se escuchó una y otra vez, repetir, hasta que la totalidad de los presentes se pronunció como una misma voz.*

De repente, algo ocurrió. Hasta el momento nadie se había percatado de que un Anciano Duende los había seguido hasta la entrada misma del Portalón. Todos al unísono se giraron, observándolo. Entonces, presto y sabio dijo:

- *¿Habéis pensado como vais a abrir la Puerta?*

Salomé, no se esperaba que pudiera haber alguna dificultad en traspasar el umbral. Entonces, muy orgullosa y con un deje de rebeldía le contestó:

- *No lo hemos pensado, siquiera hemos imaginado que pudiera existir algún impedimento, pues al fin y al cabo hemos llegado hasta aquí. Como tu pareces un viejo resabiado, dínoslo – le exigió, intentando poner en evidencia la inteligencia de aquel Anciano Señor.*

Unos castores de dientes afilados, quisieron dar respaldo a Salomé, entonces mostrando sus poderosos incisivos, dijeron así:

- *Si es necesario nosotros podemos roer el marco, hasta que caiga la Puerta por su propio peso.*

- *Alaaaa!!!! Estáis locos, eso no se hace así, tardaríamos demasiadas noches en echar la puerta abajo – argumentó una Oca, que portaba a lomos una Lombriz.*

Entonces la Serpiente dijo:

- *Yo creo que lo mejor es pasar la Puerta con la sola Fuerza de la Intención, sin más condicionamientos y sin más razón. Creo que la prueba está en que seamos francos antes de cruzar el umbral.*

Un murmullo se escuchó, inundando los sentimientos de todos ellos. Quizás la Serpiente tuviera razón, quizás no era necesario más que la Verdadera Intención.
Salomé, miró a la Serpiente que así se expresó y le contestó:

- *Creo que tienes razón, que no hay más que ser libres de Corazón para cruzar el umbral – y mientras decía esto, miró al Anciano Duende, en espera de que objetara algo.*

El Duende, siquiera se pronunció. Esperó a que cada uno de ellos por sí mismo tomara una decisión.
Entonces los de Corazón Puro y Valiente, se decidieron a cruzar sin más parloteo mental. Y tal y como lo decidieron, se les vio desaparecer tras el umbral. Algunos todavía dudaban, en si era esa su opción o no. Algunos, temiendo lo desconocido, tenían que tomar una decisión, entre quedarse con los que se escondieron o pronunciarse a favor de aquella ocasión.

Salomé, ya no decía nada, insistió en ser la última en pasar. Vio como muchos marchaban libres, sin más, pero también fue testigo de cómo otros, quedaron atrapados por la cobardía ante la novedad.

Cuando todos y cada uno de los presentes, eligieron su Verdad, el Anciano Duende y el Hada, quisieron darse un fuerte abrazo, ambos comprendiendo el trabajo que en cada caso, cada uno de ellos hacía en esos momentos de profundos cambios.

Salomé cruzó primero, luego lo hizo el Duende. Atrás quedaron a su suerte, todos aquellos que habían renunciado. Una gran tristeza inundó el Corazón de Salomé. Siempre se preguntó:

- *¿Qué ocurrió con todos los que se quedaron acobardados por la niebla de aquella noche?*

- Eso!!! ¿Qué ocurrió…? Explícanoslo – se escuchó decir, desde una rama de olivo, en la que dos Gorriones mecían al Hada que hasta ese mismo día, llevó consigo la intriga y la tristeza, por los que no quisieron seguir a la mayoría.

La pequeña Anne, carraspeó. Y dijo:

- Ellos eligieron. Se les dio la misma oportunidad a todos. Nadie les obligó a esconderse. Nadie les dijo tampoco que fuera fácil la elección. Ellos, no habían madurado lo suficiente como para cruzar el Portalón. El egoísmo de sus mentes, les jugó una mala pasada. Sólo a aquellos que escucharon la llamada, fueron los que atravesaron el Portalón. Fue ahí cuando la Luna apareció, para darles a entender que nunca desapareció, solamente se había tomado un descanso, para comenzar de nuevo, en una manifestación de Vida mayor. Aquellos que estuvieron fielmente conectados con el sentir del Corazón, fueron los que se movilizaron – aclaró Anne a los presentes que habían preguntado.

Entonces una Serpiente hizo acto de presencia. La Perdiz se subió a su lomo y les mostró a todos que gracias a su amiga reptil, ella pudo llegar hasta ahí, pues durante aquella noche crucial, se rompió una de sus alas, se hirió en las patas y se cayó de bruces. La Serpiente fue quien se apiadó de ella y de ese modo la Perdiz, pudo demostrarle su confianza.

Anne, se acercó a la Serpiente, ahora nadie temía al reptil, pues en el fondo fue su sabiduría lo que les dio la Luz del siguiente paso que se tenía que hacer. El Anciano Duende, sólo provocó con su cuestionamiento, que se desvelara el que todavía portaba una máscara que ocultaba si existía Verdadera Intención o no.

Salomé, dejó la rama y aleteando, se acercó con ternura al aura de Anne. Así, cerca de su oído insistió:

- ¿Qué ocurrió con los que se ocultaron y quedaron rezagados, velados por el miedo…?
- Ellos, todavía están buscando a sus madres – le chivó al Hada, Anne.
- ¿Crees que las encontraran…?
- Sí, estoy convencida de ello.



TERCER CUENTO

Balak y la Historia de la Rana

Aunque sabía que no se podía alejar de casa por aquel Camino que daba a un Distrito desconocido, la curiosidad fue más fuerte, que el temor que le querían imponer. Ya tenía 6 años, y a esa edad se tenían ganas de liberar, esa caudalosa energía que le hacía irritarse, sino conseguía exprimirle al día, todo su potencial. Decidido como estaba y antes de que un adulto lo detuviera por su desobediencia, apretó a correr calle arriba, intentando alcanzar la orilla del Asper. Sería el río, el que lo conduciría hasta El Viejo Puente y allí, decidiría si cruzaba o no. Según las habladurías, era en ese otro lado, donde las Nakhan hacían todo tipo de brujería, matando animales y hasta niños pequeños, que secuestraban para entregárselos al Cielo.
Balak nunca creyó aquello. Se preguntó:

- ¿Quién puede haber en el Cielo que pida eso…?

Miró hacia arriba y sólo descubrió el mismo tono azul de siempre, el de un día despejado, cualquiera.
Corrió hasta agotarse, tanto que siquiera pudo apreciar el extenso paraje que cruzaba, en el que la Naturaleza acababa de regalar, un interminable manto de flores silvestres, digno de contemplar.
Finalmente y debido a la inercia de su carrera, al llegar a la misma orilla, casi cae al agua, resbalando con el limo. Unas pequeñas rocas le sirvieron de sujeción, se tiró al suelo extenuado y al caer sobre su dorso, el mismo Cielo apareció de nuevo ante sus ojos.
No podía retirar la vista de ese lugar que tanto llamaba su atención. Si existía un dios, él quería ser como dios. Fue entonces, cuando le pareció ver unos ojos que le devolvían la visión. Sonrió y dijo:

- Si estás ahí, te descubriré y si descubro que no estás, ocuparé tu lugar – y tras ello, rio a carcajadas por la ocurrencia.

Al momento se incorporó. Pudo observar algunos peces, como arrastrados por la corriente, pasaban rápido de largo. Pero lo que en el fondo llamó su atención, fue una serie de renacuajos, nunca antes había visto, a aquel tipo de animal.
Sin pensárselo, su siguiente objetivo era coger a uno de ellos y matarlo, para poder estudiarlo con detalle.
Para su sorpresa, los renacuajos eran muy hábiles y rápidos. Tanto, que le costó su orgullo alcanzar a coger a uno. Cuando por fin lo escondió entre sus manos prietas, para evitar que con un salto, se le escapase, se sintió victorioso ante aquella difícil captura.

- Jaaaa!!! ¿Te creías que no iba a poder contigo…? – le habló a la rana.

De repente, un fuerte quemazón hirió las palmas de sus manos. Sintió como si el fuego se las quemara. Las abrió para ver qué le estaba ocurriendo y entonces la rana, veloz, saltó al suelo.

Fue tanta la ira que sintió por la astucia del animal, que el poderoso instinto de venganza, lo sobrecogió. Así, alzó la pierna y mientras la rana se recobraba del impacto contra el suelo, la pisó, matándola.

- Lo he conseguido!!!! – suspiró como el único vencedor, ante el vencido.

Sus manos estaban quemadas por el moco viscoso e irritante que soltaba la piel de aquella especie de rana, pero lo importante era, que el animal estaba muerto y que él se había salido con la suya.
Rio tan fuerte, pisoteando a la rana, que no se dio cuenta que alguien estaba a su lado, observándolo.

- Hola!!! ¿Qué haces…? – preguntó, su nueva compañía.

Balak, se sobresaltó al escuchar una voz que se dirigía a él.

- Nada, estoy jugando – le dijo sin mirarla siquiera a la cara.
- ¿Juegas a matar ranas…? – insistió la pequeña.
- A ti que te importa. Déjame en paz.

La niña se acercó y recogió del suelo el inerte cuerpecillo sin vida de la rana muerta. La acarició y abriendo con sus manitas un pequeño hueco en la tierra, la enterró.
El niño iracundo por aquel gesto, la empujó:

- Pero estúpida!!!! ¿Qué haces…? Sólo es una rana – gritó, mirando atentamente las palmas de las manos de la niña, esperando que gritara de dolor.
- Estoy jugando…
- Eres tonta, eso no es un juego – la ira iba en aumento. A la niña no le quemaban las manos y también había cogido a la rana. Sintió la injusticia de la vida, fluyendo en aquel momento. Gritó por dentro, por el dolor en sus manos irritadas, pero mucho más porque a la niña no se le irritaran.
- Tú juegas a matarlas y yo a enterarlas… - le contestó mientras aplastaba bien la tierra y le decía a la rana:
  No te preocupes ranita, estate tranquila, no volverá a hacerte daño.
- Estúpida! La rana no puede oírte, está muerta.
- Si puede.

Balak, lleno de rabia, se lanzó contra la pequeña para pelearse con ella, como si fuera otro niño de su calaña. El golpe que le dio, la tiró al suelo, pero la niña, sin inmutarse, se levantó, se sacudió el vestido y mirándole profundamente a los ojos, le dijo:

- Puedes matarme cómo has hecho con la rana, pero jamás me extinguiré, de eso se ocupa mi Padre. Mira – le señaló, indicándole el lugar donde estaba enterrado el renacuajo – ésta, está muerta, pero ahora, ven, acércate – ambos se acercaron a una especie de charca, que el propio cauce del río había creado y al hacerlo, pudieron ver infinidad de ranas idénticas, que saltaban por doquier, así como también numerosos renacuajos, que se convertirían en adultos y continuarían llenando la charca.
  Has matado a una, pero ¿crees que puedes con todas ellas…?
- Me das asco!!! – gritó incontrolado – Te odio – dio media vuelta y se alejó.

Adentrado en aquel paraje desconocido para él, se dio cuenta que no sabía dónde estaba. Se había perdido. Cuando llegó al rio, lo había hecho corriendo y en su carrera, no tuvo en cuenta, cuál era el Camino de vuelta.
Nada del entorno le era familiar. No podía asegurar si ya había pasado por allí. No se había fijado en buscar referencias ni nada que le ayudara a deshacer el camino. El día estaba siendo completo. Se sintió ofendido por cómo había sido tratado. Siquiera había llegado al Viejo Puente, siquiera había servido de nada matar a la rana y encima aparecía aquella estúpida, que le había acabado de aguar la jornada. No se lo perdonaría.

De repente, como por casualidad, descubrió un refugio de madera y piedra. No podía garantizar que cuando alcanzó el río hubiera pasado cerca. Decidió seguir adelante, por el camino de la derecha. La tarde caía. El Sol, débilmente se filtraba entre las densas ramas de tantos árboles. Él nunca tenía miedo y hoy tampoco lo tendría. En el caso en el que le acechase la noche y la Luna le cayera encima, lo soportaría – pensó para sí. Tenía muy claro, que para un auténtico Lacester, la noche era lo peor que le podía suceder, sobre todo cuando esto ocurría de puertas afuera de la casa. Llevaba ya un buen rato caminando, cuando, para su sorpresa, volvió a aparecer ante aquella casa de madera y piedra. No se lo podía creer. El camino que había cogido, le había hecho dar un rodeo, pero no había avanzado nada. Más enfadado si cabe, renegando por dentro y por fuera, esta vez cogió el camino de la izquierda. Para entonces, el Sol ya casi no se percibía.
Tras un largo rato, de camino desconocido, otra vez La Cabaña.

- Agggrrr!!! No es posible. Quiero salir de aquí – exigió.

Se enfadó tanto con todo, que hasta sintió que odiaba cada árbol que le ocultaba el paso hasta su casa. Al mirar al Cielo, la vio. Era la Luna, ya estaba ahí. Recordó lo que las brujas le hacían a los niños pequeños. Estaba solo. En un lugar extraño. Solamente el silencio. Pero él nunca tenía miedo.
Agotado, con lágrimas en los ojos, se detuvo. Encima la noche era de Luna Llena. La observó como nunca lo había hecho y sin darse cuenta, le pidió que no le hiciera daño, que sólo era un niño pequeño que se había perdido. Balak, puso cara de pena al decir aquello.

La Luz de una vela, le indicó que dentro de la Cabaña había alguien viviendo. Con un poco de suerte, se trataría de una familia decente, que se apiadaría de él y lo acompañaría hasta casa de sus padres. Se armó de valor y con cara de niño compungido, para dar pena a quien le abriera la puerta, picó sobre ella.

Cuando la puerta se abrió, se pudo escuchar por todo el Bosque, una profunda exclamación de terror.
La misma niña de la rana, estaba en el umbral, esperando a que hablara.

- No me lo puedo creer!!! ¿Otra vez tú…? Qué horror!!! ¿Se puede saber quién eres…?
- Soy Anne ¿Qué te ocurre ahora…?

Balak comenzó a balbucear, no estaba dispuesto a confesarle a aquella estúpida su problema.

- No me ocurre nada – le contestó, gritando y dejando al descubierto su ira.
- Entonces ¿Por qué llamas a mi puerta…? ¿Acaso te has perdido…? – le insinuó, como si fuera normal que lo supiera.

La ira de Balak era en ese momento tan grande, que si pudiera, la hubiera matado allí mismo. No podía comprender, como aquella niña tonta, se había puesto en su Camino.

Sin esperar a que Balak le respondiera, salió de la Cabaña y caminó hacia la ladera Sur, hasta que alcanzaron un Camino señalado, que indicaba claramente cómo se llegaba al Distrito Lacester.
Balak, la había seguido en silencio, pero sus pensamientos sólo giraban en como vengarse del ridículo que había hecho. Hubiera cogido una roca y se la hubiera estrellado en la cabeza, pero no podía hacerlo, todavía no estaba a salvo.
Nadie podía enterarse de lo ocurrido. Llegaría a su casa y se inventaría algo. Sería un secreto de por vida, que una niña, lo había Salvado.
Cuando, por fin llegaron al lugar en el que ya no tendría pérdida, Balak, se giró, miró por vez primera a Anne a los Ojos y le preguntó:

- ¿Por qué lo has hecho…?
- Por Amor.

Tras aquella contundente y clara respuesta, aún la odió más.



CUARTO CUENTO

La Loba que en su lomo lucía una profunda cicatriz

Cuando lo tuvo claro, fue el instante justo en el que la puerta se abrió. No ocurrió antes, pues la llave sólo estaba en la Fuerza de su Corazón, no en ningún otro lugar, ni tampoco en ninguna otra condición. Fue mágico comprobar como aquella decisión la llevó a descubrir un Mundo por vivir, que estaba oculto a su Ser. Al traspasar el umbral, la Loba, miró con ternura a Salomé.

- *Gracias, pequeña, sino hubiera sido por ti, me habría ocultado en una madriguera o me hubiera quedado sola, a expensas de la densa niebla. Pero sentí la Verdad de tu Ser, y eso me hizo creer poderosamente en ti.*

Salomé, orgullosa como siempre, aleteó sus alas, esparciendo multitud de esporas, que rápidas fueron conducidas a diferentes lugares, por los silfos y las sílfides.

La entrañable Loba, que en su lomo lucía una profunda cicatriz, movió su peluda cola y se despidió de todos, sabiendo que pronto, los volvería a ver.
En aquel novedoso paraje, comenzaba una andadura que en nada tendría que ver, con lo vivido hasta ahora.
Se sentía emocionada y curiosa. Liberada de densos temores, liviana de todo aquello que tan cruelmente, había azotado su cuerpo. Fue tanta la sensación de libertad, que sin poder evitarlo, echó a correr, moviéndose con tanta agilidad, que creyó que incluso podría echar a volar.
El resto de sus compañeros, se alegraron infinitamente por ella, porque aquella anciana loba, pudiera finalmente descubrir el Mundo entero.
Mamá Oca, lloró de emoción, amaba tanto a la Loba, que supo que la echaría en falta, tan pronto como dos pasos diera.
El Conejo sensible, se había agazapado contra el tronco de un viejo árbol. Se había puesto muy triste, al saber que su gran amiga, se iba.

- *Adiós, preciosa – le había dicho, tragándose las lágrimas para que ella no se diera cuenta de su sensiblería.*
- *Hasta pronto – le había contestado la Loba – eres como un hijo para mí, nunca te olvides. Y por favor, llora de una vez, muestra lo que sientes, nunca ocultes esas emociones, no es propio de ti.*

Mientras, la Loba decía esto al Conejo, grandes lametones sinceros, surcaban el rostro del gazapo, liberándole de las lágrimas que ya no pudo retener por más tiempo.

La Loba, había caminado y corrido un buen rato, cuando de repente, sintió que algo había quedado pendiente en algún lado. Buscó, comenzó a dar vueltas, era una intensa sensación…

- *¿Y si alguno de mis grandes amigos del Bosque, está en peligro…? – pensó.*

Su instinto, siempre estaba alerta, preocupada por todo y siempre, cuando el peligro de algo vanidoso estaba cerca, ella saltaba sobre su presa, derrumbándola. Así, aprendió a clamar en el Mundo su lugar. A intentar evitar, que nadie se apoderara del otro, por creerse más fuerte, rápido o valeroso. Cuando el abuso que producía esa fuerza aparecía, presentándose ante sus Ojos, era cuando se convertía en una astuta e implacable, Loba Feroz.
Aquello, le había traído a su Vida, grandes conflictos. Muchas veces, de tal envergadura, que había tenido que ser asistida, para recomponer sus múltiples heridas y salir victoriosa de la última contienda.

Anne, entonces, hizo una pausa. Observó a los asistentes que se encontraban aquel día en El Jardín de Rosas. Todos mantenían puesta su atención en la historia de aquella Loba. Ella, también presente, Anciana y con una gran virtud en su mirada, movió su peluda cola, en señal de agradecimiento.
El Conejo sensible, aquel día estaba muy contento, sus Ojos, ya no estaban tristes, había vuelto a ver a su Loba. Dando rápidos saltos, se colocó a su vera. La Loba, lo lamió con cariño, recordándole el día que se despidió.
En otros y lejanos tiempos, por ignorancia y juventud, se lo hubiera comido sin dudarlo, pero eso, ya estaba superado, el Conejo, quien se había convertido en un chico muy sabio, podía estar tranquilo. Como muestra de ello, sacudió sus largas orejas y se acurrucó contra el lomo de la Loba, rozando la profunda cicatriz, que ahora, era tan sólo un recuerdo de algo caducado.

- ¿No te duele…? – preguntó una curiosa lombriz, que no podía imaginarse lo terrible de la experiencia, de aquella Loba.
- No, ahora ya no. En realidad ya no puede dolerme. Ahora soy consciente de que yo misma, con mis actos provoqué tal situación. Ahora sé que la cicatriz, fue mi suerte, por eso convivo con ella. Así aprendí a crecer y así me hice tal cual veis. Mi dolor fue mi Escuela. La cicatriz, mi graduación. Y ahora, puedo decir… que esta Soy Yo.

Una pareja de gorriones, situados enfrente, comenzaron a hacer gorgoritos, hablando entre ellos, comentado aquello que la Loba acababa de decir. Una Mariquita traviesa, se quedó tan embelesada ante aquella declaración, que sin darse cuenta resbaló y cayó al agua de la Fuente, dándose un chapuzón. Todos rieron con la Mariquita que en lugar de salir del Agua, quiso continuar bañándose tranquilamente, mientras Anne continuaba con la narración.

Un buen día, la Loba, se puso de parto, estaba preparada para ello. El padre de los cachorros, merodeaba cerca, intentando traer comida para ellos. La Loba, en su temor, le pidió que no se alejara mucho, algo que el Lobo, ignoró. Con fuertes dolores de parto, encontró un agradable resguardo, hecho de hojas secas y trocos procedentes de diferentes maderas. Allí hecha un ovillo, se colocó, permitiéndole a su cuerpo y a la naturaleza, realizar su labor. Hubo un momento en el que fue tan grande su dolor, que incluso llegó a olvidar, que el Lobo había partido y que su quejido caería en el olvido, como algo que se fraguó, pero que no tuvo sentido. La Loba, está vez, mucho más consciente, aulló por cada uno de los cachorros que parió. Finalmente, tras el último esfuerzo, nació una diminuta lobezna con una carita preciosa. Era la más pequeña pero también la más graciosa. Lamió y lamió a cada uno de ellos, tanto que los dejó impolutos de cualquier manto que encubriera sus rostros. Tras tanta depuración y limpieza, llegó el momento de amamantarlos, dándoles sus pechos, entregándoles todo. Esta era su forma de proporcionar alimento. Los cachorros, tal que lobeznos como eran, se engancharon a sus pechos y entre juegos y sueños, fueron tranquilamente creciendo.
El padre de los Lobos, todavía no había regresado. La Loba, estaba empezándose a preocupar en demasía por aquello. Cada día que transcurría, más sola y más loba se sentía. Su gran alegría eran ellos, sus seis niños pequeños.

A la lobezna diminuta, la llamó Petunia, pues su cara se parecía en mucho a esta increíble flor, era abierta y colorida, y le encantaba mirar al Sol. Petunia, crecía entre sus hermanos, que como muchachos, lo hacían mucho más grandes y poderosos. La Loba, no cejaba de velar por todos sus hijos sin excepción. La tarea era ardua y conforme se avejentaba, sentía mucho más el vacío y el dolor. El padre de los cachorros seguía sin regresar.
Esperaría sólo tres Lunas, a la cuarta, se marcharía de aquel que fuera hasta entonces su Hogar. Viajaría con sus pequeños, intentaría averiguar, qué había ocurrido con el Lobo y cuál era el motivo de su desaparición.
Petunia, corría pero lo hacía mucho más despacio que el resto. Era una lobita sencilla, a la que le encantaba imaginarse historias de pajaritos, ardillas y muchos otros animalitos que se habían hecho sus amigos.
La decisión estaba tomada. La cuarta Luna asomaba. La Loba, preparó a sus cachorros. Los ungió de fuerza y de talento, para que durante la travesía, sintieran el ahínco, de los días venideros.
Por suerte todavía, no había llegado el invierno. Aquella madrugada de otoño, en cambio, se levantó con un fuerte viento. Petunia, se entretuvo saludando a los silfos, mientras su Madre y sus hermanos, se llevaban un disgusto, por su facilidad para despistarse del Camino.
La Loba, tenía un fuerte temor, si en algún momento acechase un peligro, no sabía cómo iba a poder proteger a su hijita. Entonces, decidió hablar seriamente con ella.

- *Niña!!! – le dijo – temo que te encantes, con los encantos de los Caminos y que en tu imaginación, se destruyan todos tus sueños, esos que a veces, lo son y no lo son. Temo seriamente por tu suerte.*
- *Mami, no te preocupes, estoy atenta. Mi suerte está ya hecha. No sufras. Yo te sigo, pero no me exijas en qué forma camino – le contestó Petunia, que comenzaba a apuntar carácter.*

La Loba, supo que su retoño tenía razón. Pero el sufrimiento de aquella Madre, estaba más relacionado con el pánico de que la niña no tuviera padre.
Los cinco hermanos de Petunia, estuvieron de acuerdo con la pequeña.

- *No sufras Madre, no tiene porqué ocurrir nada – le aseguró el más mayor, dándole confianza.*

Una vez aclarado aquel temor, la Loba y sus cachorros, se adentraron en parajes, en los que nunca antes habían estado. Se cruzaron con unos cervatillos, que les aseguraron que por allí, no había pasado ningún Lobo, desde hacía siglos. La Loba, cabizbaja, se temía lo peor. Seguro que el Lobo, se había olvidado de ella y de su familia. Ni siquiera conocía a sus hijos.

Se acercaba la séptima Luna, cuando la noche se tornó fría y oscura, tanto que algo se agitó en sus adentros, provocándole incluso el vómito. Había tenido un sueño muy extraño. En él se había encontrado con el Lobo. Pero cuando lo miró a los Ojos, lo sintió irreconocible. No era el mismo Lobo que a ella la había amado. Era un ser sin sentimientos. Siquiera pudo reconocerla. Siquiera se acercó, se disculpó o le pidió perdón, por el abandono. Ella, ingenua y entusiasmada, insistió en encender la llama de su Corazón. Le mostró por vez primera a todos sus hijos. Pero él siquiera reaccionó.
De repente, ante la frustración de la madre, Petunia, se acercó a aquel señor. No le tenía ningún temor.

- *Soy Petunia – le dijo – tu hija menor.*

La Loba, al observar como la niña se acercaba a aquel ser devorador, temió por su vida y sin más le gritó:

- *Petunia!!! Aléjate. Vete, no te acerques a él. Este no es tu padre. Me he equivocado.*
- *Si madre, sí lo es – le garantizó la niña con especial ternura – sólo que ahora es diferente.*

La Loba, dio un largo salto y cogiendo al cachorro entre sus fauces, se la llevó de allí. El resto de sus hijos, atemorizados por el propio temor de su madre, se acobardaron ante el padre.
El Lobo, sin siquiera inmutarse, les mostró a todos ellos sus colmillos y sus fauces, y sin más, se alejó de allí. Sólo se pudo escuchar a Petunia decir:

- *Padre, no te vayas. No te alejes de mí. Quiero conocerte y así tú, también podrás conocerme a mí.*

Mientras Petunia clamaba al padre su presencia. La Loba la escuchaba, permitiéndole aquel gesto. Pues el desamparo de sus hijos, les afectaba a todos ellos. El Lobo, siguió caminando. Siquiera se giró para mirar desde lo lejos. Siquiera hizo intención, ni tuvo miramiento. Se fue definitivamente, sin más.

El Sol despuntaba. La Loba, hacía rato que estaba despierta. Recordaba perfectamente lo que había soñado. Sus lágrimas eran tan profundas, que una profunda herida quedó abierta en su lomo. Supuraba tanto, que incluso creyó llegar a enfermar. Algo en su interior, le hizo sacar la fiera que llevaba dentro. Después de aquel episodio, juró que ningún otro Lobo, la iba a volver a traicionar.

Pasaron los años. La vida trajo de todo a aquella familia. Unos días mejores y otros peores, pero hasta el momento, todos y cada uno de ellos habían sobrevivido al desamparo del padre. La Loba, se sentía victoriosa. Lo había logrado.

Pese a aquel sentimiento de haberlo conseguido, ahora ya más vieja, estaba apesadumbrada por algo. Rondaba un temor, que de ser confirmado, le traería de nuevo el dolor. Rezó todos los días, para que la tranquilidad en la que ahora vivían, perdurara en el tiempo. Él no estaba, pero siquiera lo lamentaba. Tras aquel episodio, nunca más parió. Fue una intensa promesa que se hizo a sí misma. No sentía justo para sus hijos, traerlos al mundo, sin un padre que velara por ellos.

Aquel nuevo día, mientras, los cinco hermanos salieron a cazar, la Loba, se alejó del campamento, merodeando cerca de su hija menor. Entonces descubrió algo. Algo que la incomodó. Se quedó mirando y tras ver aquello, saltó al cuello de aquel Lobo que estaba filtreando con Petunia.

- *Pero Madre, ¿qué haces..? es mi amigo - le confesó – suéltale, pienso irme con él.*
- *No lo hagas, por favor, no quiero que vivas mí mismo dolor – le explicó, sincerándose.*
- *Madre, no te preocupes, no tiene por qué ser así – Petunia, lamía la cara de la Loba, haciéndole sentir, que todo iba bien.*
- *¿Qué ha ocurrido hija? Para que tomes esa decisión.*
- *Tengo que confesarte algo. Sé que te vas a enfadar conmigo, pero no lo hemos hecho con mala intención. Hace algunas Lunas, vino padre en mi busca. Me exigió que no te lo dijera, pues no ibas a comprenderlo – tras una pausa, continuó diciendo -. Tienes razón. No es el mismo que a ti te amó. Hay verdaderos motivos que lo llevaron a tomar aquella decisión. Yo no estoy enfadada con él. No puedes privarme de la ocasión de conocerlo. Espero que lo entiendas. Pues no le amo más a él, de lo que te amo a ti.*

La Loba, dejó ir de la mano a Petunia. Supo que en el momento que lo hiciera no iba a volver jamás a verla. Pero también supo, que ella tenía que tomar sus propias decisiones y vivir su propia

experiencia. La soltó definitivamente. Miró al acompañante, fijamente a los Ojos, y para su sorpresa, en ellos vio el reflejo de aquel Lobo, del que ella se enamoró y le dio a sus hijos.
No podía creerlo. Aquel jovenzuelo, haría feliz a su hijita. Sintió tanta paz, que no pudo por más que abrazarlo. Los hermanos de Petunia, se acercaron. Quisieron compartir aquel momento. Entonces Petunia, tras abrazarlos a todos, se despidió.
Nunca más volvieron a verla. La Loba, aceptó su suerte. Su dolor, fue su Escuela, la cicatriz, su graduación. Conoció a Conejo sensible y con él compartió todas sus vivencias. Ahora, cada día, sonríe imaginando a su hija, feliz con el Lobo, con ese Lobo que ella misma eligió. El tiempo la ha convertido en una Anciana Loba sabia, que sólo vive para llevar todo su Amor, a quien sea receptor.

Anne, dio por finalizada en este punto la historia. Entonces se escuchó decir, entre el chapoteo del agua:

- Anne!!! ¿Y qué fue del Lobo…? ¿Qué ocurrió con el padre…? ¿Sigue viéndose con Petunia…? ¿Y de los Hermanos…? ¿Qué se sabe…?
- Todo eso forma parte de otro Mágico Cuento – le confesó Anne a la mariquita que preguntaba -. Por hoy, hemos acabado.

Todos en el Jardín, miraron en profundidad a la Loba. Ella, asintió. Corroboró que todavía, no tenía noticias de aquel Señor.
Conejo sensible, la besó. La Loba, se sentía amada ahora sin condición, pero no por ello, en un trocito de su Corazón, persistía el anhelo de ver al Lobo llegar, para vivir juntos sus últimos momentos, esos que llegan, tras la ancianidad.



QUINTO CUENTO

La Historia de Kabil y del Hada que no podía dormir

En el mismo Prado del Bosque, aquel día se levantó una espectacular columna de Aire, que traía consigo un mensaje.
Todo, absolutamente todo, volaba por los aires. Las hojas de los árboles, formaban un extraño torbellino que se podría decir que aquello, en realidad era un baile.
Tanto fue así, que más de uno de los Seres del Bosque, en lugar de asustarse, se quedaron observando atentamente, en qué finalizaba aquella increíble danza. Nunca antes había visto algo semejante. Algunos incluso comentaron, como era capaz el Aire de hacer algo tan sumamente Sagrado.
Parecía que el movimiento, estaba sostenido, por alguien. Como si ese portador de la Fuerza del Aire, estuviera queriendo decirles algo.
Salomé, como siempre, decidió que era el instante de averiguar todo sobre aquella novedad. Jamás antes, en el Bosque del que procedían, había ocurrido nada igual.
Poco a poco, el baile fue cediendo en intensidad. Las hojas, fueron posándose en el suelo, formando un poderoso lecho de colores verdes y tostados. Los espectadores, sin poder evitarlo, se fueron acercando, con curiosidad, quizás esperando que bajo aquel lecho, apareciera alguien que llegaba de otro lugar.
Mientras la gran mayoría aplaudía, un Silfo protestó, porque no se había contado con él para colaborar en aquella interpretación. Muchos más Silfos y Sílfides, se unieron a él.
De repente, una voz desconocida que aparecía tras el lugar en el que se concentraban, dijo:

- *Hola, estoy aquí. Soy Kabil.*

Todos al unísono se giraron, buscando al portador de aquella voz. Salomé, revoloteó rápida a su alrededor, y nada más que lo vio, supo que se enamoraría de aquel Señor.

Anne, interrumpió la historia que aquel día estaba compartiendo con sus amigos y amigas, en El Jardín de Rosas. Salomé, que se encontraba esta vez, al pie de la Fuente, se había ruborizado. Tanto fue así, que a Anne le supo mal haber desvelado, en quien Salomé tenía su Corazón volcado.

- Siento haberte provocado el rubor, no era mi Intención – le aseguró.

Y se la quedó mirando con atención, a la espera de que Salomé, le asintiera para continuar con la historia de Kabil y del Hada, que desde aquel día, ya no podía dormir.
La Oca, se miró con aire maternal a la pequeña jovencita enamorada.

- No tienes de qué avergonzarte – le dijo, dándole suaves roces con su pico, en una de sus alas -. El Amor es así. Enamoraste es algo incontrolable.

Salomé asintió a Mama Oca, que era increíblemente cariñosa y después de recomponerse de la súbita emoción, que la llevó a aquel instante en el que su Corazón se desbocó por primera vez, miró a Anne, recuperado su semblante e insistió para que continuara con el Mágico Cuento.

El Caballero, que decíase llamarse Kabil, era un mozo de muy buen ver. Muy moreno, de grandes Ojos negros y de blanca y lustrosa piel. Con una sonrisa enorme, así como grandes manos y pies. Su abundante cabello negro, le hacía parecer joven, pero en cambio no era así, pues en sus manos podían delatarse, las durezas y callosidades, de una ajetreada Vida, que lo había llevado a ser así.
Miraba a todos los curiosos expectantes, porque se hubieran arremolinado en derredor.
Entonces, uno de los Silfos que protestó, le dijo:

- *Hola, soy Perohte, el Silfo Mayor ¿Cómo lo has hecho…? ¿Cómo has conseguido hacer este espectacular baile…?*
- *No es fácil. Se precisa de mucho entrenamiento, de muchos días de ahínco, de mucho esfuerzo, de ser muy digno consigo mismo. Entonces, tras todo ello, se convierte en algo muy fácil – explicó, no sólo al Silfo Mayor, sino también a todos sus acompañantes.*
- *¿Puedes enseñarme…? – se atrevió a preguntar una preciosa Sílfide, de nombre Aribehil, que veloz, se colocó a sólo un palmo de sus enormes Ojos negros.*

Ante aquel descarado gesto, Salomé se incomodó, algo tímida y con mucha menos osadía que la Sílfide, también revoloteó alrededor del interlocutor.
Kabil, encantado por el recibimiento de aquellas bellas damiselas, les hizo un cariñoso guiño a cada una de ellas, sin que la otra lo advirtiera, pues Kabil, era un gran conquistador en Esencia. Tanto la Sílfide como Salomé, se sintieron tremendamente halagadas por aquel gesto del Caballero, hasta tal extremo que no se apartaron de su vera, el resto de la jornada.
Salomé no era una Sílfide y por tanto, jamás podría ser alumna de Kabil. Para su desdicha, sólo podría quedarse observando como el Caballero le mostraba a Aribehil y a sus semejantes, aquel baile que sólo Él, por lo visto, sabía hacer.

Ante aquello, el resto de Elementales, los que tampoco podían acceder a las enseñanzas de Kabil, decidieron retirarse para retomar sus quehaceres y esperar que los alumnos una vez instruidos, les regalaran un bello espectáculo, al que asistirían todos.
Mientras, en el Prado, sobre aquel lecho de hojas, de colores verdes y tostados, Kabil, enseñaba a los Silfos y Sílfides a moverse en armonía, convirtiendo así sus Vidas en un dulce baile, que conmovería hasta a la misma Reina de Kolbrig. Pues la danza que todos aprenderían, sería vital para regalarle a la Dama su Verdadero lugar. De ello se iban a encargar, los Elementales del Aire.
Salomé, aunque aquello no iba con ella, no era capaz de marcharse. Ese día maldijo ser Hada y no ser Sílfide. Unas lágrimas caían por su rostro, intentando aceptar, que el Amor de Él, jamás lo podría alcanzar.

- *Es tan atractivo!!!! – se dijo, intentando no delatarse.*

Todavía cerca de todo aquel torrencial de Aire, suspiraba, se quejaba, se entristecía, pero cuando Kabil les regalaba una difícil pirueta, aplaudía como todos. Fue tanta la admiración que sintió por aquel Señor, que mucho le iba a costar a partir de entonces, dormirse. Su ansia estaba en permanecer bien despierta, para que si en algún instante Él podía verla, ella también regalarle, un poderoso torrente de su preciado polvo.

- *¿Por qué te torturas así…? – se escuchó decir.*

Salomé, se giró, buscando de donde salía aquella voz. Entonces lo vio. Era el Anciano Duende Cascarrabias, quien le hablaba. Salomé, lo miró y señalándole el objeto de su dolor, no supo que contestarle.

- *¿Quisieras ser una Sílfide…?*

Ante aquella cuestión, el Alma del Hada, se avivó, imaginándose que estaba en el poder del Duende su salvación. Y para sus adentros, engañándose se dijo:

- *¿Y si el Anciano puede convertirme en una de ellas…? Tendría la posibilidad de acercarme más a su vera e incluso de que yo le pudiera gustar.*

Entonces, ya en voz alta le contestó:

- *Si, así podría estar muy cerca de Él.*
- *Pero siquiera le conoces ¿Cuál es el verdadero motivo por el que Kabil, tanto te conmueve…?*

Salomé, escrutó al Duende. No comprendía muy bien aquella pregunta, simplemente sentía que su Corazón se desbocaba ante aquel Hombre.
Viendo que sin decir nada, ya decía lo que tenía que decir, el Anciano continuó hablando:

- *¿Tienes alas…? – observó.*
- *Sí, claro – Salomé las sacudió para cerciorarse de que era así. Al hacerlo unas esporas mágicas se desprendieron. Rápidos algunos Silfos y algunas Sílfides, acudieron a recoger el polvo, para conducirlo a buen puerto.*

El Duende detuvo a una de las Sílfides, más joven y risueña.

- *Deleida ¿Puedes venir…? – le sugirió.*

La simpática Deleida así lo hizo, cargada de esporas de las alas de Salomé, se acercó al Anciano, a lo que éste la interrogó así:

- *¿Tienes alas…?*
- *Sí mira – dijo constatando la evidencia.*
- *¿Y tus alas, lanzas esporas…?*
- *Noooo!!!! Ese tipo alas sólo las tienen las Hadas – aseguró mirando de frente a Salomé – son alas muy especiales, lanzan esporas que nutren la Vida de diversos colores, llenando los huecos con música y flores, para que así toda Kolbrig pueda reconocer, a la Bella Dama que muchos rechazan. Yo, eso, jamás lo podría hacer. No he nacido para ello. Pero me encanta recoger el polvo mágico y no permitir que se desperdicie un sólo grano. Eso sí lo sé hacer. ¿Lo quieres ver…? – con gran entusiasmo y exhibiendo su potencial esencial, se dispuso a repartir el polvo que llevaba consigo la música de cada instrumento para quien lo quisiera tocar.*

Salomé, había enmudecido ante la evidencia de aquello que entre Deleida y el Duende, estaban poniendo en evidencia.
La Sílfide, tras llevar las esporas al lugar que tenían que llegar, regresó a aquella clase tan interesante, que la ayudaría a mejorar. Kabil, seguía impartiendo sus conocimientos, ajeno a lo que estaba sintiendo Salomé.

Entonces, un Conejo muy Sensible, se había puesto al lado de su Hada preferida. Se la miraba con curiosidad, no comprendía como Salomé no era capaz de valorar su potencial.

- Sabes que si no existieran las Hadas, la Verdad jamás se vería. Esto es un secreto, pero es necesario conocerlo, pues sin la Magia de vuestras esporas no podría colmarse la Conciencia en la que se aloja la Mayor Verdad de todo el Reino.
- ¿Y eso, cómo lo sabes…? – acertó a preguntar, una Lombriz, que esta vez estaba subida al lomo de una Perdiz.
- Pues lo sé y basta – contestó molesto el Conejo, presuponiendo que la Lombriz dudaba de sus conocimientos.

Entonces Anne, quiso intervenir:

- Es cierto, Conejo Sensible, sabe muy bien lo que dice. No todas las formas de Conciencia, están conectadas con la Verdadera, el Polvo de Hadas sirve de enlace, se trata de una preciada materia que hace de vínculo conductor, portando la Verdad, para quien la quiera revelar. Sin ello, nada sería lo mismo y entonces, jamás Shamaat iba a poder entregarse a Ikarom. Me lo explicó Dariel y si él lo dice, ya sabéis, es porque está muuyyyy bien informado. Es un Duende muy sabio. Él fue el primero en llegar, por eso conoce de primera mano, el Plan.

Entonces, la Lombriz sonrió, si Anne lo corroboraba, sí se lo creía, si lo decía el Conejo, no. Sino que no hubiera sido un mentiroso – se quejó, para sí. El Conejo Sensible, se miró muy triste a la Lombriz, entendía el motivo por el que ella ponía en duda lo que decía. Pues hubo un día - de eso hacía ya mucho - que le mintió.
Pero esa Historia, pertenece a otro Cuento…
Anne, después que la conversación llegara a su fin, continuó:

La Luz del día iba lentamente cayendo. El atardecer había penetrado en todos y cada uno de los rincones del Bosque, los grillos y las luciérnagas, así como otras muchas clases de bichos, comenzaban a aparecer. En el Prado, el Caballero Airoso y sus alumnos, continuaban con los ejercicios. Salomé, desde la cautela y la distancia, fue testigo de lo mucho que avanzaban con los nuevos ritmos, las difíciles piruetas y las novedosas formas de proceder que desde aquel momento iba a disponer el Viento.
Entonces, escuchó la voz penetrante de aquel Señor.

- *Salomé – gritó.*

El Hada, dio tal brinco, que casi se desmaya allí mismo. Kabil, la llamaba. Aleteando insegura por la timidez y el temblor, se hizo visible a sus Ojos. Entonces se escuchó:

- *Preciosa, te buscaba. Te necesitamos ahora. ¿Puedes acompañarme? Es muy importante para nosotros tu arte.*

Ante aquella declaración, que Salomé se tomó como un mensaje de Amor, ruborizada, y bastante patosa por los nervios, se puso amablemente a su disposición.

La tarde cayó completamente, la Luna apareció, y en esa Magia Incandescente, sólo en el Prado, quedaron los dos. Él le pedía que sacudiera con su arte las alas, para que de ese modo, y a través del nuevo baile, pudiera aprender a portar las esporas, a lugares inimaginables, en los que antes, no había acceso.

La noche transcurría, y en el Prado, podía verse a una dulce Hada enamorada, bailando, baile tras baile, con el Poderoso Señor de sus Anhelos.
Cuando en sus manos grandes la sujetaba, de los labios de ella, eran lanzadas infinitas palabras de Amor, que Kabil recogía, las envolvía con su Aire y se las devolvía multiplicadas por dos.
Así, mecidos por la Luna, transcurrió un baile tan intenso y privado que sólo, transcurrido el Tiempo, conocerían ellos dos.
Agotados, ya en pleno amanecer, cayeron extasiados sobre el suelo, el lecho de hojas de colores verdes y tostados, fue donde se acomodaron. Abrazados con Amor Verdadero, se dejaron vencer por el sueño. Salomé luchaba consigo mismo, no se quería dormir, no quería permitir que acabara nunca aquella noche, que tristemente estaba llegando a su fin.

El Sol del Mediodía, invadía el Bosque e inundaba el Prado. Un calorcillo subía por las alas del Hada. Alguien soplaba en su oído para que se despertara.

- *Salomé, hace rato que es de día ¿Qué haces ahí todavía…?*

Dio un brinco, recobrando la compostura. Veloz, buscó a Kabil. No había rastro de Él. Su tez, descompuesta y aturdida, no sabía que decir.

- *¿Qué te ocurre? ¿Te pasa algo…? – insistió Aribehil, su mejor amiga, con quien mantenía una entrañable relación.*
- *¿Dónde está Kabil…? – preguntó con cierta angustia.*
- *¿Kabil…? No sé a quién te refieres. No conozco nadie con ese nombre – le garantizó.*
- *No es posible, hemos estado bailando juntos toda la noche. Y durante todo el día de ayer, os entrenó – le explicó con tanta desesperación, que ni su amiga podía seguir el hilo de su dolor.*
- *Salomé ¿Te encuentras bien…? – se preocupó enormemente su amiga.*

Recordó de repente que había sentido celos por que Aribehil iba a pasar todo el día con Kabil. No se podía creer que su amiga de toda la vida, la estuviera engañando para poder ser ella quien se viera con Él. En vista de que Aribehil no podía o no quería responderle, salió corriendo, aleteando fuerte para ir en busca del Anciano Duende. Recordaba a la perfección, que había estado hablando con Él.

- *Duende – gritó exhausta, cuando lo alcanzó - ¿Has visto a Kabil..?*

A lo que el Duende, mirándole detenidamente a los Ojos, le contestó:

- *Lo siento, no conozco ningún Kabil – y sin más preocuparse, siguió con lo suyo.*

Cuando el Hada, resignada se marchó. El Anciano Duende, caminó hasta que alcanzó el Viejo Puente, alguien lo estaba esperando, sin más le dijo a su interlocutor:

- *Ya ha ocurrido, Salomé y Kabil se han encontrado. Lo sé seguro. Ella cree que fue sólo un sueño.*

El interlocutor de Dariel, le sonrió, agradeciéndole su colaboración. Y sin más, cogió el Puente y cruzándolo, se marchó del Bosque. Era aquel un momento crucial.
El Duende regresó por donde había venido, su primera intención era, ir a hablar con Salomé para tranquilizarla. Los encuentros y los desencuentros, eran muy duros golpes. Nada ni nadie podía evitar que aquello ocurriera…

Todavía sentada al borde de la Fuente, Salomé sentía como todas las miradas de los presentes, le caían encima. Anne, había concluido el relato. Al final, la Serpiente de siempre quiso intervenir:

- Salomé muchas gracias por todo. Fue muy importante para Kolbrig, aquel momento. ¿Si puedo hacer algo por ti…? No dudes en pedírmelo.

Salomé, le sonrió a la Serpiente. Muy pocos parecían haber comprendió la Historia de Kabil y del Hada que no podía dormir.



SEXTO CUENTO

¿Mamá Oca anda sola…?

En el diminuto nido que hiciera, para resguardar a todos los huevitos que acababa de poner e ir empollándolos, se encontraba, absorta en su labor, en el sentimiento que la invadía, por todos y cada uno de ellos, tanto fue así, que se olvidó que en la ladera de la montaña, la estaba esperando el Pastor.
El Pastor, si estaba allí, anclado, esperando a que la Oca, llegara. Estaba deseando encontrarse de nuevo con Ella, pues cuando se reunían, el Mundo se disolvía y sólo y únicamente, quedaban Ellos y toda su sabiduría.

Así fue como comenzó Anne, el relato de Mamá Oca. Todos en el Jardín de Rosas, prestaban atención. Mamá Oca, como siempre, pulcra e impoluta, como era su condición, les sonrió, se sentía gratamente orgullosa, de aquello tan profundamente mágico, que un buen día sucedió.

- Vamos, Anne, continua, nos tienes intrigados… - le requirieron la pareja de gorriones,

Así, Anne, con toda la alegría y sabiduría que su Ser contenía, continuó diciendo:

Se encontraba el Pastor, absorto a su misma vez, sentado sobre una roca añeja, vestido con una zamarra vieja y unas alpargatas que tejió, él mismo en lejanas épocas. Entonces, esperando a la Oca, se remontó hasta el recuerdo de un terrible dolor que lo asoló. Mucho había transcurrido desde entonces, desde el día que se convirtió en Pastor. Pero también mucho había tenido que vivir desde entonces, hasta que llegara otra ocasión. Recordó el mismo día, en el que miró a su alrededor y contempló que el pasto se había agotado, pero no había sido por algo propio de la Naturaleza, había sido un terrible suceso, que nadie sabría cómo se resolvería.

- *¿Existen los medios…? - se preguntó aquel doloroso día, en el que pudo ver los prados agotados y estériles de hierba.*

Alguien que había alimentado de puro estiércol al rebaño, había arrasado con el buen pasto. Era clara la intención de aquel que deseaba que el rebaño no recordara, que existía otro tipo de alimento.
Fue tanta su aniquilación, que hasta el rebaño, siquiera podría llamarse así. Jamás pacían en paz, ni siquiera sabían qué era aquello, pues cuando se acercaban demasiado, se mataban entre ellos.
La desolación era tan grande, que hasta el mismo Cielo, se derramó en gran parte. Ni en las entrañas de Dios, se podía soportar el dolor por aquello.
El Pastor, que no tenía ni conocía otra profesión, cayó enfermo, y en su dolor, se devanó día tras día los sesos, por encontrar la forma de recuperar el verdadero alimento y que un precioso rebaño se volviera a revelar, para poder disfrutar de aquello que encerraba la Verdad.

Gritó y gritó, clamó al mismo Cielo la forma de hacerlo. Se dedicó el resto de sus días, al Mundo entero, conociendo y brindándose a cada rincón.
Tal que un Mendigo, trabajó día y noche, sin apoyo, sin siquiera nombre, con el don de la Fe, su lápiz y su papel, con la seguridad de que un buen día, ante sus Ojos atentos a la Verdad de los Cielos, aparecería quien en realidad, podría resolver aquel entuerto.

Anne, expresó una de aquellas preciosas sonrisas que iluminaban su tez. Todos observaban a la Oca, que sabia y para nada sola, se puso en pie, saludándoles a todos, con su excelente porte de Gran Madre, de Anciana en ese excelente quehacer.

El Hada Salomé, corrió a su vera y trazando un precioso baile por vez primera, que le había enseñado un Señor - ese del Aire - quiso regalarle su propia satisfacción, pues si la Oca no hubiera confiado en Salomé, nadie habría cruzado y los huevos alumbrados, no se hubieran podido conocer.

La Oca, acercó su pico a Salomé:

- Estate quieta mujer, quiero darte un beso.
- Aaahhhh!!! Lo siento, ya paro – el Hada, se quedó inmóvil, algo muy difícil para Ella, mientras Mamá Oca, le daba un auténtico beso de agradecimiento.

Tras ello Salomé, continuó bailando, no se estaba quieta, entonces, la Perdiz le dijo:

- Ya nos hemos dado cuenta de que Él te ha enseñado su baile y que habéis bailado la pasión de vuestro Amor Sagrado. Tampoco hace falta que te pases todo el día bailando. Estate quieta de una vez, ufff qué mareo tengo, con sólo verte – le dijo con cariño.
- Es que no puedo, es mi primer baile con Él. Me encanta esta danza. Mirar lo que puedo hacer – exclamó.

Entonces, el Hada hizo unas difíciles y complicadas piruetas llenas de magia, al tiempo que a través de sus alas lanzaba, esporas impregnadas del Amor que sentía por Él, para que todo el Mundo se enterara y no quedara nadie, que dijera que eso no podía ser.

- Ohhh!!!! – se escuchó - ¿Cómo lo has conseguido….? – preguntó la mariquita, mientras ella misma sacudía sus alas para ver si también lo lograba.
- Es que tiene truco, me lo enseñó Él. Creí que este baile era sólo propio de Silfos, pero por mí misma descubrí que no era así. Yo también puedo bailar con Él, tal y como siempre soñé.

Anne intervino en este punto:

- ¿Advertís, que nos estamos desviando del cuento…?

La Oca, rápida contestó:

- Es cierto, me quedé allí en el nido, incubando huevos…
- Salomé – dijo Anne – otro día explicaremos la historia de vuestro baile ¿estás de acuerdo…?

Y Salomé, regalándoles a todos los presentes un difícil salto impecable, contestó:

- Si, por favor – y sin más, continuó brincando como una loca, llena, llenita de Amor.

Anne, se reía por dentro, para Ella, el Hada era muy especial, pero también lo era Mamá Oca y a Ella, también la tenían que conocer los demás.

Así, tras lo cual, continuó con el relato:

Hacía ya demasiado que esperaba, el Sol, se había puesto, el atardecer había sido jalado por la incipiente noche. El Pastor, no sabía qué hacer.

- *Le habrá ocurrido algo a la Oca…? – se preguntó.*
  ¿Por qué no ha acudido a la cita…? – continuó preguntándose, sin ser capaz de disimular el dolor.
  ¿Y si me muevo de aquí y entonces llega Ella y no me encuentra…?
  ¿Y si me quedo esperándola y resulta que Ella necesita mi ayuda…?
  ¿Voy en su busca…? ¿Me espero...?

La incertidumbre lo abatió, tanto fue así que sucumbió. La roca le sirvió de almohadón, la hierba de colchón. Se descalzó, se abrigó y dejó que la noche le hablara con su voz. En ese maravilloso sueño, la encontró, pudo verla. Estaba bien. Sólo estaba a dos pasos del pie de la ladera, sentada, absorta, en no sabía qué.
Sin pensarlo, despertó, agradeció a la Luna, aquel reflejo y corriendo ladera abajo, con calma y también con desesperación, acudió a su encuentro, dejando olvidado su calzado, pues siquiera en los pies sintió dolor.
Corrió, en su busca, corrió en aquella dirección. No se perdió, pues la Luna sabiamente le indicó.
Cuando llegó, no podía creérselo, allí estaba la Oca, más hermosa que nunca, era como si algo en su Ser, se lo dijera.
Cuando la Oca vio al Pastor, no pudo contener la emoción. Su Corazón aliviado por aquello, se sintió relajar.

- *Estás aquí!!!! – gritó de alegría - ¿Has venido a buscarme…?*
- *Pues claro que sí. Estuve esperándote… ¿Recuerdas que habíamos quedado en encontrarnos para resolver algo…?*
- *Pues, si, bueno, no sé, si claro que sí, lo recuerdo, más bien no lo recuerdo, pero sé que es cierto. Sentía que nos teníamos que ver… - le confesó a su Gran Amigo, el Pastor.*
- *¿Qué haces, ahí sentada, tan quieta y concentrada…? – le preguntó con curiosidad, ocultando su ingenuidad.*
- *Estoy empollando. Mira – la Oca, se irguió lo suficiente como para que el Pastor pudiera ver los huevitos que había puesto.*
- *Alaaaa!!! son huevos. ¿De ahí saldrán polluelos…?*
- *Sí, claro. Son polluelos muy especiales, son mis polluelos, estos no permitiré que los mate nadie.*
- *¿Puedo ayudarte…?*
- *Pues claro. Yo sola no podría hacerlo.*
- *Ahhh!!! Qué bien, me he estado preparando mucho, impregnándome de todo, mezclándome con todo, tocando el barro y el mismo lodo, descubriendo como salir de los bajos fondos. He averiguado que se puede hacer – le confesó el Pastor a aquella bellísima Mamá.*
- *Lo sé, siempre supe que descubrirías el modo… Sabes una cosa… por eso he puesto estos huevos…*

- *Ellos, repoblarán de buen pasto los prados y llevarán la sabiduría del rebaño, ellos velarán por que nadie olvide que el alimento no está agotado.*

El Pastor, lloraba de emoción, hubiera deseado abrazar a Mamá Oca, pero no osó interrumpir su gran labor, la de empollar a los polluelos, era algo muy delicado, era algo que solo lo podía hacer quien le brindaba su Corazón a la Creación y Ella sabía, muy bien cómo.

Pasó el tiempo, Mamá Oca y el Pastor, alimentaron a los polluelos. Cada uno de ellos, era muy único y especial, cada uno de ellos, portaba consigo una atribución. Ni el Pastor ni la Oca, consintieron que ninguno de los polluelos olvidara su verdadero don, aquel que llevarían consigo siempre y que sería vital, pues cada Ser sostiene una única función y esa es la mejor.

Un buen día los polluelos se despidieron de Mamá Oca. Ella estaba entusiasmada por el viaje que iban a vivir. El Pastor, allí continuaba, observando a la Vida vivir.

Al cabo de mucho tiempo, acudió en busca de ellos, uno de los polluelos.

- *Mamá, Pastor, ¿podéis venir…? – se escuchó decir.*
- *Claro Hijo, ahora vamos ¿qué ocurre…?*
- *Mirad, quiero que veáis algo…*

El polluelo mayor, sujetando de la mano a su Madre, la llevó hasta las inmediaciones del Bosque.

- *Observa Madre, mira, están llegando, están regresando, recuperando su Hogares, restaurando aquello que destruyeron. Mira, observa tu Pueblo…*

Mamá Oca, no podía parar de llorar… por fin, el Pueblo Nakhan estaba recuperándose, Níneveh, allá donde estuviera, estaría orgullosa de que siempre ellos, creyeran que nada podría destruir su nombre, ni su Esencia, ni aquello por lo que tanto había luchado.

El Pastor, se sentó al lado de su Oca más maravillosa, eran una extraña pareja, dos formas de vida opuestas que se unían para cada ocasión en la que ambos sintieran, que era la fuerza de la unión la que conseguiría que todo se moviera hacia una probabilidad mayor.

El Pastor, se inquietó. El rebaño estaba preparado para regresar a casa, todos y cada uno de los integrantes, estaban colmados de buen pasto. Se habían agrupado para comenzar un día nuevo. Sólo faltaba Ella, la Oca atrevida, aquella que con su casta y su valor, un buen día se cruzó en su Camino.

- *¿Dónde se ha metido esta vez…? – se preguntó.*

De repente, se escuchó un graznido, era la Oca que llegaba, por suerte, no se había perdido.
Suspiraba agradecida. El momento había llegado, todo estaba preparado. El Pueblo estaba de celebración. Las casas se habían engalanado para la ocasión. Cada uno había recuperado aquello que perdió.
El Pastor, había cogido su pluma y en la misma entrada escribió:

- *Bienvenidos al Pueblo Nakhan, el único lugar donde encontrarás el Fuego de Dios.*

- Ahhhh!!!! Ya entiendo, este es el letrero que puede verse en la entrada – exclamó la lombriz.

Anne, asintió con lágrimas en sus Ojos y en su Corazón. La entrañable Mamá Oca, se sacudió, era muy emocionante escuchar aquella historia de labios de aquella preciosa niña, que amaba con todo su Corazón.

- Mamá Oca!!!! Una cosa… ¿Qué ocurrió con el Pastor…?

Entonces, Mamá Oca, por vez primera les rebeló. Él es el joven del Molino, el chico que cada día cocina pan.

- ¿Todavía no lo habías reconocido…?



SÉPTIMO CUENTO

La Serpiente y la Perdiz aprendiendo a convivir

El día era precioso, limpio, despejado y generoso, en el Jardín de Rosas, todo estaba preparado para el encuentro. Entonces, mientras Anne, jugueteaba con una simpática ardilla, esperando a que todos llegaran, aparecieron muy graciosas una Perdiz y una Serpiente. Anne, enloqueció de alegría, llegaban unidas, recordando estragos de otras épocas. La Perdiz, subida a lomos de la Serpiente, se reía de alegría, por poder estar reunidos. La Serpiente, izó la punta de su cola y la agitó, era su manera de saludarles a todos.

Poco a poco, el resto de asistentes fue llegando, para estar presentes ante el Cuento que se desvelara aquella mañana. Algunos se sentían inquietos, no imaginaban para nada, de qué iba aquello. Otros se sentían intrigados, no comprendían como algo tan sumamente alejado, podía haberse enamorado.

Anne, pidió silencio, Conejo Sensible, le advirtió a la Lombriz que estuviera callada y atenta al Cuento. La Lombriz, parecía molesta por la advertencia, entonces, el Conejo, se acercó a ella y lo pidió disculpas por su bravura. La Lombriz, asintió, pero no sentía justo que siempre el Conejo se metiera con ella.

Anne, volvió a rogar silencio. Entonces la música de sus sueños comenzó a sonar y así, en esa melodía ancestral, inició la historia de aquel día, una historia muy especial.

En la copa de un Anciano Roble, una familia de Perdices había creado un importante nido, con hojas de diferentes árboles y raíces. Estaba el nido tan bien hecho, con tanta pulcritud y tanto esmero, que muchas eran las aves que acudían a aprender a hacer un nido de aquel tipo. Mamá Perdiz, disponía de un pico que podía hacer hatillos y en ellos portar todos los materiales que necesitaba para crear. Papá Perdiz, portaba en sus patas una especie de cestillo, estaba lleno de herramientas, para con ellas darle forma a los materiales que portaba consigo la Madre y así, entre ambos, ser capaces de crear nidos y nidos espectaculares.

El Anciano Roble estaba orgulloso de lucir entre sus ramajes, semejantes hogares, para el refugio de los recién nacidos.

Un buen día, ocurrió algo. Una terrible tormenta, destruyó una gran parte de los nidos, así como a sus padres y madres, tanto fue así, que hasta el mismo Roble, creyó que Él también iba a morir.

Cuando cesaron la lluvia, los rayos, los truenos y el pavor, por fin, apareció de entre densas nubes, el preciado Sol.

El paisaje era devastador, ramas, follaje, troncos, nidos y nadie, quedaba íntegro, como antes de la tormenta.

La desolación era palpitante. Un silencio expectante lo invadía todo. Sólo se escuchaba al Aire, que con suma delicadeza, intentaba traer consigo sabios mensajes.

Una Perdiz muy joven, en otros tiempos risueña, quiso ponerse en pie para comprobar cuan dañado estaba su Ser. Cuando a duras penas lo consiguió, al intentar aletear para volar, se percató que sus alas se habían destrozado. En ese instante, quiso morir.

- *¿Qué voy a hacer sin alas… Soy una Perdiz…? – gritó, esperando que algún superviviente la escuchara.*

Lentamente, una increíble Serpiente, se acercaba. Era enorme, preciosa, llena de dibujos de colores. Reptaba como si nada, sorteando todo aquello que contra la Tierra, se había precipitado.
Ella, estaba acostumbrada a tormentas continuadas, no temía a los truenos, ni tampoco a lo que venía luego. Rastreó por el entorno de su amigo Roble, el pobre, se había salvado, gracias a su fuerte raíz noble. Se enroscó en su tronco robusto y fuerte, ese que no había sido dañado, pese a que sus ramajes, sí.
El Roble, se sintió agradecido, al menos sentía a su amiga por allí. No sabía muy bien qué había pasado, ni el alcance de aquella nueva tormenta, esos ciclones que se lo llevaban todo, para comenzar de nuevo.

De repente, Serpiente y Roble, escucharon a alguien que gritaba:

- *¿Qué voy a hacer sin alas… soy una Perdiz…?*

Con un suspiro de alivio, la Serpiente sonrió, el Anciano Roble, cerró sus enormes Ojos, mostrando satisfacción.
La Serpiente, descendió del tronco, reptó, intentando localizar al polluelo. Sentía unas enormes ganas de conocerlo. Si aquella Perdiz se había salvado de aquello, era porque su labor era necesaria para comenzar de nuevo.
Cuando la Perdiz moribunda vio con sus propios Ojos, como se acercaba aquel reptil, supo que su salvación, no había servido de nada, pues en segundos, sería devorada por aquel depredador desaprensivo.
Sin más escapatoria, sin siquiera poderse mover, se entregó a aquella muerte, sintiendo que no tenía nada que hacer. Gritó por dentro que para acabar así, hubiera sido mejor perecer entre los truenos, al menos hubiera sido menos humillante.
La Serpiente no se extrañó de su actitud, era normal que la pequeña ave, se imaginara que se la iba a tragar. Lo que no sabía la Perdiz, era que la Serpiente no era así. Su alimento estaba en otra parte y nada tenía que ver, con ella ni con otros animales.
Tuvo que mostrarse astuta y sobre todo sincera, para que la Perdiz, no temiera. Iba a ser muy difícil que el ave confiara en la Serpiente. Siquiera se conocían.
El polluelo, continuaba inmóvil, preparado para la indigna muerte. La Serpiente, justo enfrente, esperaba a que reaccionara de otro modo y así, poder ser vista con otros Ojos.
Finalmente, la Perdiz, harta de esperar, abrió los Ojos a esa otra Verdad. Entonces, dio un brinco, al comprobar el rostro del reptil a menos de dos palmos de sí. Por un momento sintió:

- *¿Está invadiendo mi terreno…?*

Entonces se escuchó decir:

- *Hola, Soy Ambrosía, encantada de conocerte.*

La Perdiz, comenzó a balbucear de forma incontrolada, demostrando abiertamente su temor a la Serpiente.
Como pudo, también se presentó:

- *Yo Soy Amador, un polluelo volador. Puedes devorarme, de todos modos ya no puedo volar a voluntad, no tiene sentido haber sobrevivido – le confesó.*
- *No me alimento de polluelos, puedes estar tranquilo – le aseguró.*

- *¿Será cierto…? – pensó Amador para sí, observando atentamente a Ambrosia -. Está bien, voy a creerte – decidió - pero comprende que para mí no es fácil. No es mi lugar de origen la tierra, tengo que aprender a Caminar por ella, sin siquiera alas para elevarme.*
- *No temas. Mira yo no tengo alas, ni jamás las he tenido. He superado esta y otras tormentas… Entonces… ¿quieres ser mi amigo…?*
- *Bueno… - balbuceó con serias dudas – lo voy a intentar – aseguró, comprometiéndose a que la aprendería a amar.*

El Roble sonrió, había sido testigo de aquel momento y de otro que estaba ocurriendo, mucho más lejos. Pues en un alejado recodo del Bosque, también pudo ver como una preciosa Hada, la de nombre Salomé, soñaba que se encontraba con el Señor del Aire y juntos tomaban su primer baile, sin saber muy bien porqué.

Entonces, la Serpiente le propuso a la Perdiz, que se subiera sobre su lomo y así juntas reptar, en un nuevo mundo por descubrir.
Amador, dudó y dudó, se subió y se bajó. Luchó consigo mismo, por no tener muy claro si estaba dispuesto, a ser conducido y mucho menos por aquel reptil, totalmente desconocido.
La Serpiente siempre estuvo allí, preparada para cuando el ave se apeara y lista para cuando quisiera volver a subir. Así, pasó el tiempo, hasta que el polluelo, ya adulto, le dijo claramente a su amiga:

- *No puedo continuar subiéndome y bajándome de tu lomo. Estoy seguro que tienes cosas mejor que hacer, que estar brindándote de este modo, a mí madurez. Tengo que decirte algo. Creo que soy capaz de caminar por mí mismo, mis alas se están curando y mis patas, ya se han habituado a pisar el suelo firme. Te estoy infinitamente agradecido, por todo lo que has hecho por mí. Ahora tengo que irme – se atragantó al decir esto, aun así continuó diciendo – pero quiero que sepas, que antes de la próxima tormenta, volveremos a vernos.*

La Serpiente, sabía cómo era, sabía que llegaría ese momento de la despedida. Hacía días que se lo temía, que la relación entre ellos, tenía que romperse, para que cada uno siguiera su Camino y aprender a no perderse y a valerse por sí mismo.

Entonces, Ambrosia, con todo el cariño que sentía por Amador, le dijo:

- *Antes de que te marches tengo que entregarte algo, aquí tienes.*

La Serpiente, le tendió a la Perdiz, algo muy especial. Cuando Amador vio aquello, pudo reconocerlo a la perfección. Era un hatillo, idéntico al que usaba su Madre, pero este estaba lleno de nuevos materiales, listos para que fueran descubiertas, todas sus posibilidades.
Se emocionó tanto ante aquel gesto, que no podía por menos que abrazar intensamente a Ambrosía, a aquel reptil mágico, que tanto le había enseñado. Aquel era el regalo más precioso que nadie nunca le había hecho.
Finalmente Amador, se alejó de la Serpiente. Se había emancipado de aquel, hasta ahora su Hogar Sagrado, el mismo que tanta Sabiduría le había dado. Algo nuevo le deparaba la Vida. Portaba consigo todo lo que precisaba para sobrevivir.
Emprendió sólo el viaje, bueno sólo nunca estuvo, pues siempre sintió al Corazón del Roble y la Serpiente a su lado, sin condición.

Anne, paró en este punto la narración. Los presentes estaban observando el Amor que se tenían Ambrosía y Amador.

- Anne!!! ¿y qué ocurrió después…? ¿qué pasó en el viaje…? ¿qué hizo la Perdiz con los materiales…? – exigió como siempre la Mariquita.

Anne, miró a los protagonistas, entonces, ambos se acercaron a la Fuente y así Ambrosía les confesó:

- Un buen día, algo en mis adentros se conmovió, tengo que reconocer que añoraba mucho a Amador. Siempre rogué por Él, pero nunca tenía noticias suyas, ni sabía muy bien lo que le podía suceder. Aun así confié siempre en que iba a lograr aquello que con Fe, se propusiera alcanzar.
  Estaba, ese día enroscada sobre mí misma, dormida, tranquila, acompañada del Anciano Roble, al que le habían crecido nuevas ramas y preciosas hojas, engalanadas de colores, cuando escuché un aletear que surcaba el Aire por encima de nuestras cabezas. Mi Corazón se aceleró. Era Amador. Regresaba elegante, enamorado de la Vida, como todo un Señor.
  Se posó ante mis Ojos. Me estremecí de Amor. Me observaba atento, deseando que nos abrazáramos… lleno su Corazón.
  Entonces, quiso mostrarme algo:

- Mira Ambrosía, mira lo que traigo – me dijo, con gran alegría en sus Ojos.

  Cuando miré, pudo ver la Magia que traía consigo. Con los materiales que le proporcioné, construyó un nuevo nido, era espectacular, pues para sorpresa de todos, no era un nido exclusivo para perdices sin Hogar, sino que se trataba de un nido, dispuesto para albergar, a todo el que lo quisiera ocupar. Un nido en el que cabía todo Ser sin excepción, un nido que albergaba el Caminar de todo aquel, que a la experiencia quiso llegar.

  Ohhhh!!!! Qué historia más bonita – gritó la Mariquita.

Nadie se percató, que Conejo Sensible lloraba, que el Hada Salomé lo consolaba y que los gorriones y la ardilla, hacían piña, mientras Mamá Oca, más orgullosa que nunca, cantaba una preciosa canción que de su Corazón brotaba, con toda la Luz que aquel nido les otorgaba.



OCTAVO CUENTO

Conejo Sensible, sin madriguera, libre en un lugar cualquiera

La astucia de la Rana, no la tenía el Conejo. Tampoco disponía de las alas, con las que la Perdiz, podía surcar los Cielos. Se tenía a él mismo y a sus miedos. Pero aquel anciano día, la pasión de una bellísima Hada y el Amor que sentía por una Loba muy rica, lo convencieron. Salió con recelo, de aquella madriguera, que hasta la fecha había sido su refugio. La misma que hicieran con sus propios medios, sus padres y abuelos. Una madriguera que ya no se tenía en pie, de tan gastada y roída que estaba por el paso del Tiempo. El techo estaba lleno de agujeros, por los que se filtraba el Mundo entero, pero a nadie parecía interesarle aquello, nadie se atrevía a mirar, por si acaso allí, en aquel otro lugar, existía algo que no se podía controlar.
Conejo Sensible, había sido el primero en mirar.

El Hada Salomé, aleteó contenta, tenía muchas ganas de escuchar la historia de Conejo Sensible, pues por aquel entonces, nadie en realidad le conocía, no porque no quisieran, sino porque él no se dejaba.
Anne, espléndida como siempre, dedicó el cuento del Conejo a todos los presentes, pues eso fue lo que le pidió el Conejo que hiciera.
Unos vítores y aplausos se escucharon, todos, muy intrigados, se brindaron al relato. Y así continuó explicándose Anne:

Un buen día, mientras todos dormían, aprovechó el silencio y la oscuridad, para sacar sus orejas, sus ojitos y su hocico, al mismo Cielo Estelar.

- *Ohhhh!!! – se había escuchado exclamar.*

Desde aquel mismo día, tuvo claro que en aquel inmenso Cielo, no podía existir nada malo, nada que a nadie quisiera exterminar, ni algo siquiera parecido.

- *Qué absurdidad. ¿Por qué se habrán inventado algo así…? – se preguntó, ingenuo, sin comprender que alguien pudiera tener un motivo para aquello.*

Cargado de Valor – un sentir novedoso para el Conejo – abandonó la madriguera. Deseaba sentirse libre, estuviera donde estuviera. Ese sería el reto. Trabajaría para ello, para que fuera lo que fuese, lo que la Vida, le pusiese a su alcance, se brindaría a aquella suerte, sin objeción. Fluyendo, alegre, dispuesto y entregado, a cada ocasión.

Su plan era perfecto. Lo tenía muy claro todo. Se sentía, de repente, un conejo sabio, pero eso duró poco, justo hasta que llegó el primer impedimento.

Hacía unos cuantos lustros, que caminaba a su suerte, lejos, muy lejos de la madriguera. Se sentía espléndido. De vez en cuando, les decía a todos, exponiendo su actual porte de hombre valiente:

- *Mirad, observad lo que he hecho. Congratularos de lo que he sido capaz. Fijaros que valiente soy. Soy un Conejo libre. No puedo volar, pero puedo correr a mi antojo y no temo lo que me pueda pasar.*
- *Agggrrrr!!! Eso es vanidad – se escuchó decir con rabia a una Loba, que si no hubiera sido porque no tenía hambre, se hubiera tirado al cuello de aquel imberbe muchachuelo.*
- *Tú que sabrás. Estás llena de rabia, de odio y por eso, jamás podrás aullar a voluntad – le contestó con osadía, aunque por dentro no podía soportar el horror que lo carcomía, por si la Loba se lanzaba a comérselo.*

La Loba, prefirió marchar, lejos de aquel estúpido que se creía un soldado con armas para luchar, cuando en el fondo lo único que lucía era un escudo de hojalata, que de un bufido se le podría arrancar.
Aquellos que bien le conocían, le observaban como él pedía, pero ninguno le creía, ninguno sentía que el Conejo fuera tan valiente como él decía.
Entonces una Lombriz muy pizpireta, quiso creer al Conejo.

- *No te preocupes, yo te creo… - le confesó, muy auténtica, y con enormes deseos de que el Conejo le enseñara como se conseguía no tener miedo a nada.*
- *¿Tuuuu…? Pero, si eres una lombriz!!!*
- *Claro ¿y qué pasa…? Tú eres un conejo y a mí me da igual eso…*
- *Pues no sé. Bueno, vale, te agradezco que creas en mí. Mira, observa ¿ves aquello…? – diciendo esto, señaló un risco con una gran pendiente – acompáñame – le dijo.*

Entonces, con un temblor enorme, se dispuso a trepar por el risco sin seguridad alguna. Tropezó con una gran piedra, dándose un morrazo contra la hierba. A lo que tanto la Loba como el resto, rieron. La Lombriz no reía, se sentía ofendida por que el resto, no creyeran en el Conejo.

- *Tranquilo, no te preocupes, yo sí te creo.*
- *Que pesada eres, deja ya de decírmelo, si yo ya sé que puedo, no necesito el apoyo de una Lombriz.*
- *Pero… ¿por qué me dices eso…? – contestó muy mustia la Lombriz por el desprecio de su héroe.*
- *Perdona, tienes razón. Mira, voy a seguir.*

Conejo Sensible, continuó trepando a duras penas por el risco sin siquiera saber el motivo por el que hacía aquello. Le importaba muy poco la admiración de la Lombriz, él quería que lo admiraran todos. Cuando alcanzó la parte alta del risco, esperó, a ver si los demás se percataban de lo arriesgado de haber llegado hasta allí. Sólo la Lombriz, a su lado, no paraba de aplaudir.

- *Lo ves ¿has llegado…? Ya sabía yo que eras mi héroe!!! – exclamó orgullosa.*

Conejo Sensible la miró impertérrito, se había acostumbrado tanto a la compañía de la Lombriz, que siquiera le parecía un mérito que ella también hubiera subido con él.

De repente, una noche en la que el Cielo se precipitaba con más fuerza que nunca, Conejo Sensible, sintió un fuerte recelo. Sintió de veras de nuevo el miedo. Aquello que hacía mucho que no sentía, pues se había olvidado de ello.
Miró rápido a su alrededor, estaba sólo, él y su honor. La madriguera quedaba muy, muy lejos, tanto que tardaría otros tantos lustros, si decidía regresar, ni que fuera corriendo. Un poderoso temor, lo invadió todo. Agachó sus erectas orejas, entornó sus ojos, libres hasta aquel momento, agudizó su hocico, su única arma, y temblando ante aquel imprevisto, caminó a su encuentro.

Su cuerpo, incontrolado por el miedo, siquiera se sujetó, era el momento de mostrar el Valor, ese del que tanto alardeó.
Casi sin prestar atención, daba saltitos cortos, acercándose a cada brinco más a su objetivo, a aquel entuerto que se había puesto en su Camino.
Una tarde cualquiera, cuando el Sol caía por la ladera, le pareció ver a una simpática Mariquita que revoloteaba a su alrededor.
La pequeña no decía nada, sólo revoloteaba y observaba, cuál era su reacción.
Conejo Sensible, se sentía sólo, perturbado, ajado e incluso castigado por la Vida. La Lombriz a su lado, lo miraba, pero ya siquiera se reía. No le hacía gracia, aquel héroe que eligió, era un cobarde, un mentiroso, nada de lo que ella imaginó.

Conejo, allí continuaba, enfadado. La Mariquita, le parecía simpática, pero su aleteo le molestaba.

- *Vete, déjame. No sé qué haces aquí ¿No ves que no puedo atenderte en este momento…? Lárgate, estoy ocupado con mis adentros.*

La Mariquita, no dijo nada, miró a la Lombriz, que estaba cabizbaja, entonces, se fue y basta.
Conejo Sensible, continuó por largo tiempo dando extraños brincos, cada vez más y más cerca de aquello que de nuevo despertó sus profundos miedos.
Maldijo el día en el que creyó ser el más valiente, el mismo en el que con supuesto valor, dejara la madriguera, creyéndose preparado para ello.
Fue un estúpido, cuando se imaginó que podría ser libre en un lugar cualquier. Él no era capaz de aquello. Otra vez tenía miedo. Fue un niño pequeño, cuando se inventó aquel porte, el que le sirvió para aparentar ser un soldado, preparado y listo para cualquier contienda.
Lloró por dentro, derramó lágrimas de puro acero. Tantas, que por fin, al cabo de mucho tiempo, se convirtieron en lágrimas que sondaban sus Verdaderos deseos, liberando, esta vez, de veras, ancestrales miedos, esos que compartió con toda su madriguera.
Aquel día, tras sentir que lloraba sin que el porte lo ocultara, añoró el cariño de la Lombriz, también el suave y sinuoso aleteo de la Mariquita, las dos únicas y diminutas criaturas que se habían preocupado por él. En ese instante se dio cuenta, que aunque pequeñas, su Corazón era enorme. Se despreció a sí mismo por haberlas tratado de aquel modo.
Tumbado sobre la hierba, sin refugio, sin escondrijo, abierto con todo su Ser al Cielo, preparado para todo lo que aconteciera, pudo escuchar con sus orejas - esta vez erectas - una pareja de gorriones viejecitos - que parecían hermanos o quizás primos – que se habían posado sobre una rama de olivo.
Raudo, buscó a la Lombriz. La sujetó con mucha delicadeza entre sus patas delanteras, la escondió en una de sus orejas y sin más, se enfrentó a la pareja de gorriones:

- *Fuera de aquí. A esta Lombriz ni tocarla. Ella es mi amiga, no vuestro manjar del día. Fuera – gritó con fuerza.*

Se puso a hacer aspavientos con la Intención de asustar a los gorriones que no se movían del sitio, bastante asombrados por los gestos del Conejo.
- *¿Es que acaso no me oís? Fuera - insistió -. A la Lombriz ni ponerle vuestras patas encima.*

Los gorriones, continuaban impertérritos, sin decir nada. Atentos a aquello que se acercaba por la espalda del sujeto, que daba tantos aspavientos. Conejo Sensible, estaba tan enzarzado en proteger a la Lombriz, que no se daba cuenta de que un peligro acechaba.

De repente, dos lobeznos, lo rodearon, preparados para saltar sobre él y comérselo. Conejo Sensible, no podía creérselo. Si se lo comían a él, también moriría la Lombriz. Si liberaba de su

oreja a la Lombriz, se la comerían los Gorriones. Oteó a su alrededor, rápido, como si tuviera un radar en sus orejas, buscando la forma de escapar de aquel atolladero y salir victorioso. Entonces escuchó un suave y sinuoso aleteo. Era la Mariquita.

- *Qué inoportuna – pensó.*
- *¿Qué haces…? – le preguntó la Mariquita al Conejo que no se estaba quieto.*
- *A ti que te parece…? No ves que estoy en peligro, a punto de morir entre las fauces de estos lobos.*

Entonces, se escuchó decir:

- *Niños ¿dónde estáis…? Volved aquí. Dejad a Conejo Sensible, seguro que cree que os lo vais a comer.*
- *No mami, no tenemos hambre y tú nos enseñaste, que los lobos no comen conejos.*

Unas cosquillas en la oreja, advirtieron al Conejo de que una Lombriz, quería salir de aquel agujero. La cogió con ternura, pese a que todo él temblaba todavía por el miedo.

- *Gracias Conejo, yo sabía que eras un héroe.*

Entonces, los gorriones dejando la rama de olivo, volaron al encuentro de su amiga Lombriz, la saludaron, jugaron con ella, la columpiaron y así se entretuvieron rato y rato.
Conejo Sensible estaba alucinado por tanto temor vano.
Entonces la Loba se acercó:

- *¿Quiero ser tu amiga…? ¿Puedo…? – le confesó.*

Conejo Sensible no se lo podía creer. No tenía madriguera, ni siquiera ganas de huir. Se sentía por vez primera, arropado por aquellos extraños. No tenía nada que temer. No sabía si era osado, ni tampoco si volvería a tener valor en otra ocasión. No tenía idea de cómo reaccionaría la próxima vez, ante los entuertos de la vida, esos que en realidad no lo son.

- *Claro que sí. Mi nombre es Arturo. Así se llamaba mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo… - se presentó por vez primera, dándose por fin a conocer.*
- *Encantada – le saludó afectuosamente la Loba – yo soy Daniela, y estos mis cachorros – le presentó.*

Conejo Sensible, bueno… Arturo, ya no se escondía de nada, era sensible y basta. Anne, le sonrió, con ganas de abrazarle. Entonces le dijo:

- Eres muy valiente, pues no todos son capaces de desnudarse y dar la cara y tú lo has hecho.
- Eso, eso – recalcó la Mariquita.
- Perdona que te llamara mentiroso – dijo la Lombriz, algo vergonzosa, pues parecía que continuaba enamorada de Arturo.

Arturo, le lanzó un beso, a lo que la Lombriz se ruborizó. Entonces quiso añadir algo:

- Gracias a todos los que me ayudasteis a desvelar mi sensibilidad, esa que tanto odiaba y quise en su momento ocultar, sintiéndome tan vulnerable que me quise vestir de militar. Uy!!! Un momento, escuchad – las orejas del Conejo, que parecían un radar, se agitaron - parece que va a llover – advirtió.

Justo dijo aquello y un chaparrón de fina lluvia, se deslizó por entre los pétalos de la Rosas del Jardín de Anne.
Nadie corrió a refugiarse, permitieron que la lluvia acompañara una canción. Se trataba de la pareja de gorriones, que quisieron regalarles a todos su nueva composición.
Arturo, los observaba, le encantaba como cantaban, tanto fue así, que por un instante, intentó acompañarles cantando él también. Al intentarlo, rápido se dio cuenta que él no sabía cantar. Entonces, decidido a acompañarlos de algún modo, para sentir que podía participar, se le ocurrió bailar.
Lo intentó, pero tampoco supo. No sabía bailar. Se quedó atento, muy atento, advirtiendo todo lo que tenía todavía que aprender, para poder acompañar a la música de los Cielos, de ese cielo Estelar, del que nunca jamás se iba a olvidar, pues fue gracias a que lo pudo ver, que pudo comenzar a crecer.
Ahora era un Conejo que no se ocultaba en ninguna madriguera y que se sentía libre estuviera donde estuviera…



NOVENO CUENTO

Wubunae, el Polluelo que parecía un Mochuelo

Las posaderas de Mamá Oca le ocultaban la visión al pequeño Polluelo acabado de nacer. Era el más diminuto de todos, parecía que estaba por hacer. Sus cinco Hermanos habían nacido fuertes y hermosos, pero él – sin que nadie supiera el por qué – era enclenque, patoso y su plumaje no lucía gallardo como era de esperar. Lo más destacable eran sus grandes ojos, tanto que a veces era confundido con un Mochuelo.
Al Polluelo, le daba igual. Miraba a sus Hermanos y sentía que prefería su condición, pues eso lo convertía en algo diferente. Desde el mismo instante en que nació y se percató de ello, tuvo muy claro que aquello era por algo y sin más se decidió que el resto de sus días, se encargaría de encontrarlo.
Ese día, El Mágico Jardín de Rosas de Anne, estaba lleno de público. El Sol brillaba de un modo especial. Los rosales que Karom sembrara para su Hija, habían estallado en toda su inmensidad. El Jardín, pletórico de flores y aromas irresistibles, recibía a los recién llegados al lugar. Los intensos colores, irradiaban frases con contenidos diversos. Sólo Anne sabía a qué era debido aquello.
Mamá Oca, buscó a su diminuto Polluelo, creyendo que se había perdido. El jovenzuelo, no quería que nadie temiera por él. Se consideraba un valiente para cualquier menester. Pero Mamá Oca, no lo podía evitar, en su condición de Madre protectora, cada poco temía, debido a la temeridad del pequeñajo recién nacido.

- Wubunae!!! ¿Dónde te has metido…? – dijo en tono muy alto.
- Estoy aquí Madre. Estoy bien. No me he perdido. Nadie me ha pisado. No me he escapado ni me he olvidado de que tengo que tener cuidado. No he olvidado…
- Basta! Basta!, no es para tanto!!! No es necesario que cada vez que me preocupe por ti, me hagas una lista de lo que no te ha sucedido.
- Lo siento Mami, pero a veces creo que no confías en mí – se sinceró el Polluelo con cara de compungido.

Wubunae, no comprendía que todos sintieran que era frágil, sólo por la apariencia. Ese mismo día - en ese mismo instante - se hizo a sí mismo una propuesta: trabajaría duro, el resto de su existencia, para que todos supieran que podían confiar en un Polluelo que parecía por terminar.

Dos gorriones muy Ancianos, se balanceaban como si fueran niños, sobre una delicada rama de olivo, al tiempo que lanzaban una melodía, que avisaba que era el momento de acudir a ese gran encuentro. Una Mariquita traviesa, se lanzaba al Agua de la Fuente, para que todos los presentes rieran. Una Serpiente y una Perdiz inseparables, aguardaban en silencio, constatando que aquel día en el Jardín, muchos eran los nuevos. La Loba, abrazaba a su nieta, el bebé que tuviera su Hija Petunia con aquel Lobo que se enamoró de Ella. Arturo y la Lombriz, a quien no se la veía, pues le encantaba esconderse en la oreja del Conejo, se partían de la risa, viendo las piruetas en el Agua que hacía su amiga la Mariquita. Ambrosía y Amador, fueron los primeros

en advertir, la presencia de un Asno que nadie conocía. Un Papagayo de múltiple colorido, se acercó el primero a saludar al Asno recién llegado. El Papagayo, acostumbrado a todo lo exótico, nunca había visto un ejemplar tan raro. Le pareció interesante al aspecto de aquel cuadrúpedo de orejas erectas, parecidas a las un Mulo.
Mientras el Asno buscaba un espacio en el que colocarse, el Papagayo se le acercó:

- Hola!!! Soy Pedrín, un Papagayo feliz ¿Tú quién eres…? – preguntó muy interesado.

El Asno, observó a aquella ave exótica con extrañeza. Para su sorpresa, hablaba como si fuera un Ser Humano. El Asno, que más bien era un chico de lenta reacción, tardó en decidir si iba a contestar o no a aquel alado multicolor.
Como tardó tanto, Pedrín inquieto, intervino de nuevo, sin poder evitarlo:

- Tantas orejas para no escuchar nada!!! – exclamó creyéndose gracioso -. A ver si nos entendemos. Si puedes oírme agita la cabeza y si no, mándame una coz.

El Asno, perplejo, no salía de su asombro.

- ¿Qué desfachatez la de este bicho…? – pensó para sí, sin delatar su opinión.

Él no estaba sordo, solamente iba a ralentí. Por un momento sintió ganas de hacerle caso al Loro y contestar a su interrogatorio, pero por otro, prefirió responder a su modo.
Se quedó mirando fijamente al Papagayo, cuando de pronto, lo sorprendió con una espectacular y bonita sonrisa, mostrándole su dentadura al completo.

- Una Mula que ríe – se escuchó de pronto.

El Asno, comenzaba a ser el centro de atención de aquella reunión, sin habérselo propuesto. Encima, una Ardilla lo confundía con su prima.
En ese preciso instante, el Hada Salomé apareció revoloteando, para suerte del Asno, el centro de atención cambió. Ahora todos observaban como la bella Hada, aleteaba bailando, causando admiración. Cuando el Asno descubrió al Hada, la sonrisa que expresara se acentuó.

- Es Ella!!! Puedo reconocerla!!! – exclamó.

Tenía razón. Salomé era la chica que hacía mucho conoció. El Papagayo advirtió la agitación del Asno. A partir de aquel momento se propuso descubrir, qué historia existía entre ellos. Salomé siquiera reparó en el Burro y mucho menos en su rubor. El Asno, no pudo evitar recuperar aquello que guardaba en un lejano rincón de su Corazón. Pero esta historia forma parte de otro capítulo.

- Silencio, ya llega Anne – rogó Mamá Oca.

Aquel día, Anne, estaba más espectacular que nunca. Había crecido, ya no era una niña. Era una bella jovencita encantadora. La gran asistencia al encuentro de aquel día, denotaba que un gran cambio había ocurrido. El entusiasmo, se filtraba por todos los rincones del Kolbrig, sobre todo en los más aislados.
Todos estaban ya en silencio, esperando que Anne comenzara el cuento. Mamá Oca buscó con disimulo a su desplumado Hijo pequeño. Para su desgracia no lo encontró. Recordó las palabras del chico. Atendió a Anne y sintió que iba a confiar plenamente en Wubunae.

- Hoy es un día especial – comenzó diciendo Anne – tan especial que todos habéis podido comprobar cómo un sonido espectacular lo impregna Todo.

Los presentes asintieron:

- Nunca antes El Jardín había acogido a tantos asistentes. - Anne miró a sus Padres, quienes enlazados de la mano, restaban a un lado, atentos a las palabras de su Hija -. Es entrañable ser testigo del regreso que se está produciendo. El Pueblo Nakhan está recuperando su Esencia. Es magnífico!!!

Heraum, no pudo evitar derramar unas lágrimas de alegría. Karom, también emocionado, había sostenido la intención hasta el último suspiro. El Pueblo Lacester, también comenzaba a crecer y ese crecimiento liberaba a quienes no eran originales de allí.

- Hoy vamos a contar la historia de un Polluelo que tenía aspecto de Mochuelo, eso se debe a sus grandes ojos y a su cuerpo pequeño.

Mamá Oca dio un respingo. Anne, se refería a su Hijo. No tenía idea de que el niño era el protagonista del Cuento de aquel especial día.
Los Elfos y Duendes, así como las Hadas, las Salamandras, las Ninfas, las Nereidas y las Sílfides, presentes, no pudieron evitar aplaudir, cuando Anne nombró al Polluelo.

Así, tras un leve carraspeo, comenzó con la narración del Cuento:

Un Cielo espléndido, auguraba un día lleno de Luz y de Paz, que bien podría acompañarse con una excelente música, acabada de componer por uno de los más humildes órganos que velaban por el bienestar de toda Kolbrig. La inédita canción, comenzó a escucharse en algunos rincones del Reino. No todos sus habitantes podían hacerlo. Era tan dulcemente expresada y tan exquisitamente cantada, que aquel que no resonara con aquella cualidad que el Reino les brindaba, no la podrían disfrutar.
Mamá Oca, aquel día, estaba muy ocupada, tanto fue así, que mientras sus tareas realizaba, no pudo percatarse de que el órgano estaba entregando la música, que Ella misma compusiera.
Sus Polluelos iban creciendo. Eran preciosos. Todos ellos diferentes y a un tiempo, todos ellos, hermosos. Ni los Hermanos, ni la Madre, en ningún momento advirtieron, que el Polluelo más pequeño, más que guapo, parecía feo. Era tan generoso, tan avispado y también tan amoroso, que nadie de su familia, destacó nunca su aspecto.

Un Duende, el Alguacil de los Versos, se acercó un buen día al Polluelo:

- *Hola chico!!! – le dijo – estoy encantado por haber dado contigo.*
- *Hola Duende!!! – exclamó el Polluelo imberbe – no te conozco, pero si tú estás encantado conmigo, ya también lo estoy contigo – le aseguró riendo.*

Acto seguido, el Polluelo, se lanzó al cuello de aquel Abuelo, regalándole un profundo abrazo. El Duende, afectuoso, no pudo por más que devolvérselo. Aquel gesto, le había constatado, que no estaba equivocado. Sabía que lo había encontrado.
- *Eres un chico estupendo. No te olvides jamás de ello. Cuando adviertas un motivo por el que dar una muestra de afecto, no sientas temor al hacerlo, pues cada vez que realices ese gesto, una hermosa Flor sonreirá en el Cielo. ¿puedes verla…?*
- *Claro que sí Duende. Esa Flor es el Corazón de mi Madre. Es el Amor que a Ella le invade, por saber que yo soy feliz. No entiendo Duende, por qué me dices esto. No pienso dejar de*

entregar mis profundos sentimientos por ningún motivo. No te preocupes. Ves tranquilo – le garantizó Wubunae al Alguacil de los Versos.

El Duende Alguacil, sonrió al muchacho, teniendo muy claro que al Polluelo, le quedaba mucho por conocer del Mundo. Pese a ello, su deseo era, que el chico recordara que lo normal era, ser fiel a su Verdadera Esencia. Pronto, muy pronto, la Vida lo enfrentaría a un Camino que mucho le daría, pero también mucho le sería quitado. Era imperioso que Wubunae aprendiera, caminara a su manera y se enriqueciera de ello. Al final volverían a encontrarse y sólo entonces el Duende sabría si sus Versos habían hecho el efecto deseado.

Al cabo de unos días de este encuentro, Wubunae lo tuvo claro, sin dudarlo preparó un hatillo con lo necesario y colgando sus pertenencias de un palo, lo cargó sobre su hombro izquierdo y después de despedirse de Mamá Oca y de sus Hermanos, cogió el Camino del centro.
Ni Mamá Oca ni los Hermanos, intervinieron en la decisión del Polluelo, aunque en la despedida la Madre quiso decirle unas últimas palabras. Su deseo era que no las olvidara en todo el Tiempo que necesitara para concretar su andadura. El Polluelo, la escuchó con atención:

- *Wubunae, márchate contento, sobre todo sueña y vive bien despierto. Camina y no te detengas. Mira al frente y descubre todo lo que te traiga el viento. Fluye en los lagos y riachuelos. Imprégnate de las llamas del fuego. Ensúciate y surge de los inmensos valles de lodo. Vive. Y sólo cuando hayas vivido, volveremos a vernos de nuevo – dicho lo cual le mostró su gran sonrisa, esa que le daba a su pequeño la garantía de que su Madre nunca lo abandonaría, ni siquiera cuando los parajes en los que se sumergiera, lo alejaran de su recuerdo.*

El Polluelo, hacía algunos lustros que caminaba y todos los días se repetía una y otra vez las palabras de su Madre. Quizás algún día las alcanzara a entender. Sobre todo sueña y vive bien despierto - se repetía, abriendo cada vez más esos ojos con los que Dios le dotó.

Avistó el horizonte, oteando algo singular, que le despertó curiosidad. Podía ver desde muy lejos. Los rayos del Sol, incidían sobre aquello que aún no se veía, pero que llamaba tanto su atención. Era como si el Sol incidiera sobre un cristal y éste le devolviera su intensidad. Deducido lo cual, lo tuvo claro, esa sería su dirección.
Conforme caminó, fue cruzándose con otros aventureros, que habían decidido hacer también una excursión. Los fue saludando a todos. Algunos eran muy raros, aun así le parecieron amistosos. Compartieron experiencias, rieron juntos y crecieron. A todos ellos, les recitó las sabias palabras que su Madre le regaló antes de partir, las recordaba a la perfección. Cuando llegó el momento se despidió de los amigos, pues guardaban entre ellos tanto tiempo compartido, que tuvieron muy claro, que sería el Tiempo quien volvería a reunirlos.
Ya separado de sus amigos, encontró otros muchos viajeros. Éstos lo observaron con desconfianza, eran desconocidos. Wubunae aprendió algo fruto de la experiencia de sus múltiples viajes. Ante lo que no controlaba, se despertaba una alarma que le decía: Ojo, aquí hay peligro. Tras lo cual se alejaba de ellos, sin darse tiempo a conocerlos y ocultándose de sí mismo, para que los enemigos tampoco pudieran reconocerlo. Se ocultó tanto que un buen día cuando quiso recitar las palabras que su Madre le diera, se dio cuenta que las había olvidado y que siquiera era capaz de recordar esa frase mágica que tantas veces compartió con el Mundo. Una profunda tristeza, lo abatió.
Como buen viajero, continuó caminando, otros muchos fueron los intrusos que aparecieron en su Camino. Esquivó a todos los que pudo, pues cuando intentaba ser amistoso, algo ocurría que se sentía traicionado por ellos. Sus sueños, se iban derrotando uno a uno. El Camino era cada día más duro. Casi no recordaba a todos aquellos amigos que un día tuvo. Hubo quien se quiso hacer pasar

por uno. Pero su agudeza le dijo que no lo creyera, que no podía ser él, pues había cambiado mucho.
Así, poco a poco, se quedó caminando sólo. Cuando algún excursionista se le acercaba, lo observaba con detenimiento y al poco, constataba que no iban a llegar a ningún entendimiento. Cada día que pasaba, veía como muchos viajeros, acabaron uniéndose a otros compañeros y a diferencia de cómo lo hiciera él, ellos viajaban en tropel.
Después de pasado mucho Tiempo, recorriendo Caminos llenos de misterios, se percató que en sus múltiples viajes se había cruzado con muchos centenares, tantos que bien podrían sumar millares. Aquel día también se dio cuenta de algo: que de todos y cada uno de ellos aprendió. Era muy cierto que existían múltiples y diversas formas de sentir y caminar, tantas como viajeros.

Mientras Wubunae Caminaba sin descanso, en un lugar muy alejado, se encontraba Mamá Oca soñando. Hacía mucho que no sabía de su pequeño, el único alimento que podía ofrecerle se basaba en sus múltiples sueños. Podía verlo espléndido, como un hombre bueno. Podía verlo aventurero, como un joven con fuerza para descubrir el Mundo entero. Podía imaginarlo feliz, jovial, como un maestro y como un buen aprendiz. Podía verlo sonreír, llorar de emoción, servicial, vital con grades dotes para encontrar la solución a todo aquello, que pudiera representar un problema para los viajeros. Mamá Oca, soñaba y soñaba, y cada sueño que tenía, a su Hijo se lo regalaba, para que en su momento pudiera descubrir la magia que encerraban los sueños.

Aquel nuevo día, Wubunae caminaba más atento que de costumbre. De repente, quiso abrir muy bien los ojos oteando el horizonte. Los destellos del Sol continuaban incidiendo sobre algo que llamaba poderosamente su atención. El Diamante, recordó, entre sueños le pareció escuchar la voz de su Madre, ésta le decía: tu ruta está claramente definida, no tengas ninguna duda. Entonces despertó y al hacerlo, se dio cuenta que su Madre no estaba, que seguía siendo un viajero que caminaba solo.
Había pasado el Tiempo, estaba agotado, pese a aquel nostálgico sueño, aquella mañana se levantó temprano. El Cielo estaba enmarañado por algo. Quizás por un lejano recuerdo. Le pareció extraño, pero decidió no ocuparse de ello. Así de ese modo, con una tormenta en el Cielo, bajó al valle donde le esperaba un Carro para transportar alimento. Cuando llegó a su lugar de trabajo, distinguió a un señor muy viejo:

- *Wubunae!!! – exclamó – qué alegría!!! ¿Me recuerdas…? Soy el Alguacil de los Versos.*
- *No sé quién eres, ni me importa. No me interrumpas viejo. Aparta!!! Estoy trabajando para llevar este Carro a buen puerto – le informó con muy mala educación.*

El Anciano, con el Corazón encogido por aquel Polluelo que parecía que no había crecido por dentro, se sintió desolado y sin dudarlo, le propuso un reto:

- *Oye muchacho – insistió - espera un momento!!!*

Wubunae, aprovechó los truenos de su Cielo para enviarle al viejo uno de ellos. El viejo esperó, tenía muy claro que iba a ocurrir algo. Escrutó con seriedad la escena y esperó a que aquello ocurriera. Al ir a cargar la última caja de alimento en el Carro, el Polluelo tropezó, cayendo de bruces contra el suelo. Los improperios alcanzaron el Cielo entero. A un tiempo, el Anciano obviando las maldiciones del imberbe muchacho, se agachó a recogerlo.
Wubunae, seguía siendo un Polluelo feo, pero ahora esa fealdad, si era visible a los demás, no había nada que la hiciera pasar desapercibida, más bien todo lo contrario. El Alguacil de los Versos, tenía sujeto al Polluelo fuertemente, su deseo era que sintiera que podría ser diferente, como en su día él mismo intuyera. El Polluelo se levantó con ayuda de aquel Abuelo, que parecía que no tenía intención de dejarlo en paz. Algo en el muchacho se conmovió al sentir que un pobre viejo tenía que compadecerse de él, para que esos truenos que le lanzara no tuvieran efectos.

- *Suélteme Señor!!! – exclamó – no tengo intención de salir corriendo, ni tampoco de continuar maldiciendo. Espero disculpe mi comportamiento. Soy un estúpido Polluelo.*
- *Estás disculpado Wubunae, pero siento que hay algo que no te permite recuperar al Polluelo que en su día partió de excursión por la Vida.*

Wubunae escuchaba con atención al Alguacil de los Versos. Entonces ya sin ningún tipo de opresión, se cedió a aquello que el Duende le proponía:

- *¿Recuerdas esa Flor que sonreía en el Cielo cada día, cuando expresabas tus más elevados sentimientos…? – le preguntó, remontándolo al día de su primer encuentro.*
- *No Señor, no la recuerdo. No sé de qué me habla. – confesó.*

Wubunae, se lo quedó mirando extrañado, preguntándose qué intentaba aquel viejo con aquellas extrañas remembranzas.

- *Mira!!! – dijo el Duende cerrando los ojos. ¿la puedes ver…? – insistió el Anciano con los ojos cerrados.*
- *Yo no veo nada ¿me estás tomando el pelo…? – se molestó el Polluelo como era costumbre cuando algo no era controlado por él.*

El Duende volvió a insistir:

- *Ven muchacho, acompáñame – dijo el Anciano cogiendo al Polluelo de la mano, sin que se movieran del sitio – cierra tus ojos, y mira al Cielo ¿dime que ves…?*

El Polluelo se estaba comenzando a enfadar mucho. Aquel juego le parecía una tomadura de pelo. Todos sabían que para ver tienes que tener los ojos bien abiertos y aquel viejo pretendía que viera a oscuras. De mala gana miró y le contestó:

- *Yo sólo veo como se fraguan rayos y truenos – confesó sin advertir que eso era producto de su mal humor.*
- *Eso justamente es lo que deseaba que descubrieras – le explicó el Anciano con delicadeza.*
- *Pues qué bien, ahora ya he visto el Cielo, que sepas que se avecina una tormenta – dijo en tono de mofa.*
- *Entre tantos truenos, la Flor se está marchitando por momentos. Siquiera sonríe, sólo llora. Pero presiento que todavía puedes hacer algo por Ella, si lo deseas.*

El Polluelo iba entreabriendo un ojo y observando entre guiños a aquel Abuelo loco. El viejo todavía permanecía con los ojos cerrados mientras conversaban. ¿Los abriría? – se preguntó el ave con aspecto de Mochuelo, que a duras penas podía mantener sus grandes ojos cerrados. No podía parar de hacer guiños extraños, sin ser capaz de concentrarse en su interior.

- *Wubunae!!! Cierra los ojos y no te ocupes de nada en absoluto de lo exterior, hasta que no consigas ver sonreír a la Flor.*

Wubunae, arrugó la cara, esforzándose por mantener los ojos de Mochuelo bien entornados. No entendía como aquel Abuelo sin haber abierto los suyos, había sabido que él hacía guiños. A todo ello, el Anciano continuaba hablando:

- *Cuando la descubras, no vuelvas a abandonarla. Recuerda que Ella siempre sonríe, cuando de tu centro emergen los más elevados sentimientos. Sólo entonces, desaparecerán esos*

rayos y truenos. Dime, ¿qué prefieres…? ¿Lucir una sonrisa en el Cielo o que los nubarrones sean los dueños…?

- *Lo siento Anciano, te lo agradezco, pero yo no sé hacer eso – le dijo poniéndose rígido.*
- *Sé que tu Corazón está dolido y lo entiendo. Sé que crees que en ti no existe esa sonrisa hermosa, que te permitirá vivir la Verdadera Vida y lo comprendo. Pero, ¿sabes una cosa…? Yo te conocí antes de partir y lo único que percibí de ti, fue la inmensa sonrisa de esos grandes Ojos negros, que no parecían propios de ti, pues nadie de tu familia los tiene.*

El Polluelo, quedó pensativo, dudando sobre lo hablado en aquella conversación. Cogió la última caja y con un gran esfuerzo la subió al Carro. Hizo ademán de subirse para conducir al Asno, al lugar en el que tenía que llevar todo aquel alimento que escondían aquellas cajas. Cuando Wubunae aceptó aquel trabajo, siempre se preguntó quién sería aquel Señor que precisaba de tanto alimento, pues llevaba años cargando y cargando de cajas el Carro. Nunca se preocupó de saber qué era aquello que transportaba, sintió que le estaba vetado conocer de qué alimento se trataba.
En ese instante, giró para dirigirse al Duende:

- *¿Cuál es el reto…?*
- *Aprende a escribir Versos. Yo te cederé la tinta para que tu pluma se deslice, creando armoniosas escrituras.*
- *Eso es muy fácil. Acepto. En el siguiente Plenilunio nos vemos ¿estás de acuerdo…?*
- *Por supuesto. Eso significa que la sonrisa que en ti florezca, se reflejará en Ella. No podrás engañar a nadie. Pues la Luna, es la Flor que me ilumina. La conozco muy bien.*
- *Gracias Anciano, nos vemos pronto, sólo faltan unos días, para entonces mi Cielo estará engalanado y esa Flor sonreirá de nuevo – se despidió, sintiendo que aquella conversación tenía que ser zanjada ya.*

El Asno respondió al azote que con las riendas, le hiciera el conductor. Sin que Wubunae lo supiera, el Burro, se sintió aliviado por la aparición de aquel Señor. Cuando llevaban más de cien millas recorridas, el cuadrúpedo quiso hacer algo. En el cruce de caminos en el que se encontraban, se detuvo, dejando de responder a las indicaciones de Wubunae. El Polluelo, intentó por todos los medios, corregir la terca actitud del Burro. Este no respondió a ningún intento. Harto de luchar contra la obtusa decisión del Asno, que se negaba a continuar caminando, se apeó del Carro, cogió su libreta, sacó su pluma, la llenó de la tinta que el Anciano le diera y sin más, se dispuso a escribir. Estas fueron sus primeras letras:

Aquí estoy,
en un paraje sin rumbo,
con un Burro astuto,
que no quiere seguir.
Mi Carro está lleno,
lleno de algún alimento,
siquiera sé lo que llevo,
sólo sé,
que este es mi modo de vivir.

Algo lo distrajo, su concentración, había durado unos pocos segundos. El Asno estaba relinchando, dando coces al viento. Intentando deshacerse de las riendas. Tanta era su intención, que finalmente lo que logró fue que cayera al suelo, la última caja que se subiera. Ésta, al golpearse contra una piedra, se abrió, dejando al descubierto el interior.

El Polluelo, se asustó por aquello. Nunca osó mirar dentro de las cajas que transportaba. Aquella era la ocasión. El Burro la había tirado al suelo. No le quedaba más remedio que recogerla para volverla a subir a la carreta.
Cuando la caja rota dejó al descubierto el interior, el Asno pareció calmarse. Era como si hubiera conseguido lo que se proponía. En ese momento, Wubunae hubiera querido enfadarse con el Asno, pero se dio cuenta de que gracias a él, podría por fin conocer, eso que transportaba sin saber.
El pequeño Polluelo se acercó decidido a mirar el interior de aquella caja. Se llevó una sorpresa cuando comprobó que la caja a su vez, ocultaba un precioso cofre. Un gesto de fastidio lo venció. Con la frustración en sus venas, cogió la caja con el cofre dentro y sin atreverse a ir más allá, la cerró para devolverla al Carro.
Entonces, el Asno, volvió a relinchar, a agitarse, a dar coces en el aire, era como si le dijera:

- *No, no lo hagas. Abre la caja de una vez!!!*

Wubunae casi lloraba desconcertado, no sabía qué hacer. Se dio cuenta que en el fondo, tenía pánico a lo que pudiera descubrir allí encerrado.
Algo llamó su atención. Oteó al frente en aquel cruce de caminos y distinguió un poderoso Roble plagado de ramas que sujetaban un único Nido. Le pareció un lugar envidiable para sentarse y sentirse protegido, ante lo que iba a suceder. Era como si lo intuyera.
Se dirigió al Asno, lo liberó de las riendas, le acarició el lomo, le dio las gracias por todo. Hacía mucho, mucho tiempo que no compartía sus sentimientos. El Asno, fue el primero en recibirlos. El precioso cuadrúpedo sonrió, dejando al descubierto, su invencible dentadura. Por fin, el muchacho lo había comprendido.
Wubunae, que de repente parecía que había crecido, cogió la caja y se dirigió al pie del majestuoso Roble del Camino. Le pidió al Asno que fuera testigo y que sucediera lo que sucediera, siempre le agradecería todo lo que había hecho, pues el Burro fue quién tiró del Carro cargado de alimento. Todo el Tiempo. Roble y Asno fueron los únicos testigos de lo que bajo el árbol del Camino sucedió.

En este punto, Anne detuvo la narración. Grandes protestas se escucharon por todo El Jardín:

- Anne!!! No nos dejes en ascuas… explícanos que guardaban las cajas…- rogó la Mariquita que ya no se bañaba y se estaba quieta.
- Eso, eso ¿qué guardaban…? – la apoyaron el resto, haciendo conjeturas sobre el contenido de los cofres de las cajas.
- ¿Era un tesoro…? – dijo uno.
- ¿Eran condimentos para dar sabores diversos a los alimentos…? – dijo otro.
- ¿Era una especie extraña de fruta sagrada…? – dijo un tercero
- Vamos… dinos qué era!!! – la animaron todos.

Mamá Oca lloraba emocionada. Ella era la única que sabía lo que escondían los cofres de las cajas. Anne la miraba emocionada, pues sabía que la mayor alegría de la Madre, era que el Hijo descubriera lo que Ella le envió a su Cielo todos los días de su andadura, para que no se perdiera.

En ese momento de máxima expectación, alguien se abría paso entre los presentes. Cuando se dieron cuenta de quién era, se hizo un pasillo para facilitarles el paso. La joven los invitó a decir lo que sintieran.
Se hizo un silencio conmovedor. Los presentes pudieron observar la complicidad entre el Asno y el Polluelo que parecía un Mochuelo. Todos podían distinguir un precioso Diamante que colgaba del cuello del ave. Al instante, todos creyeron que era el Diamante el tesoro que

encontró en el interior del cofre, sólo Mamá Oca y Anne sabían que no, que el Diamante fue lo que se generó mucho tiempo después, tras haber gozado del alimento que llevaba el Carro.
El Asno eligió no intervenir y dejar que fuera Wubunae quien hablara. Entonces la preciosa ave, aprovechando aquel silencio les dijo a todos:

- Voy a leeros un Verso – miró de soslayo, descubriendo al Duende Alguacil como observaba atento – es el verso que escribí cuando conseguí mirar con los ojos cerrados el Cielo y en ese día de plenilunio volver a ver sonreír a la Flor:

Un Roble me abraza,
un Asno es mi mejor amigo,
un cofre en mis manos,
un Carro esperando
y un cruce de Caminos.
El Carro está lleno de algo,
de algo mágico que no atino a descubrir.
Estoy decidido, voy a hacerlo,
voy a sentir la magia por fin.
Abro el cofre, miro dentro,
no puedo creer lo que veo.
Es entonces cuando aflora un lejano recuerdo…
Es mi Madre quien habla…
Es Ella quien me regala todo lo que guardo dentro.
Una lágrima resbala,
haciéndome vibrar,
por fin brotan sus palabras,
las puedo recordar:
Hijo, márchate contento,
sobre todo sueña y vive bien despierto.
Camina y no te detengas.
Mira al frente y descubre todo lo que te traiga el viento.
Fluye en los lagos y riachuelos.
Imprégnate de las llamas del fuego.
Ensúciate y surge de los inmensos valles de lodo.
Vive.
Y sólo cuando hayas vivido,
volveremos a vernos de nuevo.

Mientras recitaba estas palabras, Wubunae abrazaba tiernamente a Mamá Oca. Se habían reencontrado. Después de besarla y de agradecerle todo lo que había hecho por él durante su andadura, les dijo a los presentes:

- ¿Sabéis ya lo que escondían los cofres…? Recordad que sólo cuando sueñes y camines bien despierto, sabrás cual es el alimento. Si miráis al Cielo, podréis ver el Carro, está lleno, lleno, llenito de ellos. Abrid vuestros cofres y descubridlo. Yo, ya lo he hecho.

Sin dudarlo todos miraron al Cielo, una preciosa Flor sonrió. El Cielo era el vivo reflejo de cada uno de ellos.



DÉCIMO CUENTO

El Hada que añoraba la Cascada

Cuando Conejo Sensible hizo acto de presencia en el Jardín de Rosas de Anne, todos de alguna forma lo abuchearon, pues había tardado tanto que ya se estaban aburriendo. Anne, como era muy paciente, les pidió al resto que tuvieran un poco de consideración por el pobre Arturo, pues según intuía, tendría un poderoso motivo que lo estaba retrasando.
La Loba no se quejó, tampoco lo hizo la Oca, ni Petunia ni Ambrosía, fue la Ardilla cotilla la que más protestó.

- Hombre Arturo!!! Ya era hora. Llevamos aquí esperando desde que salió el Sol – lo increpó dando un salto colocándose en una de las ramas, desde donde se escuchaba mejor.
- Lo siento amigos, me ha sido imposible llegar antes. Os pido disculpas. Vamos Anne, comienza!!! Luego os lo explico.

Anne carraspeó al tiempo que le hizo un guiño al Conejo en señal de que estaba disculpado. Todos en el Jardín de Rosas estaban preparados. Ni siquiera se escuchaban a los gorriones, que de tan ancianos que eran, parecían jóvenes.

En un extremo del Jardín, podía descubrirse a Wubunae, atento como nunca antes, a su lado estaba el asno y acompañando a ambos, alguien desconocido que parecía expectante ante lo acontecido.
Nadie había reparado en aquella novedosa presencia, pues era tan nueva que no podían reconocerla, sólo Anne se había dado cuenta y mirándola a los Ojos, comenzó con la historia del Hada que añoraba la Cascada.

En un lugar con un gran sombraje, vivía un Hada que pretendía esconderse de todos los presentes. No era vergüenza lo que sentía, ni tampoco inocencia lo que en su Corazón yacía, era un cúmulo de dudas por no considerarse justa cuando sentía algo que el resto no veía.
El Hada temía tanto a la opinión de sus hermanos, que poco a poco, casi sin que nadie lo advirtiera, se fue apartando de todo su Pueblo. Acabó alejándose tanto, que cuando quiso regresar un día a verlos, no supo cómo hacerlo. Los caminos se le confundieron, los deseos se le perdieron, los pensamientos intervinieron y de forma cruel le fueron gritando, tú ya no perteneces al lugar en el que habitan ellos.
Tanta fuerza le dieron esos pensamientos, que al ser lo más poderoso que escuchaba su cuerpo, creyó que sólo existían ellos y de este modo, fue olvidando quien en Verdad era, una preciosa Hada de larga y espléndida cabellera.

Un buen día, después de un largo sueño, se dio cuenta de la dejadez de sus cabellos. Los tenía sucios y enredados, ni siquiera recordaba como los peinaba, con su peine de reluciente plata.

Caminando sola en busca de una solución, dio con un interesante pedazo de piedra afilada, sin pensárselo rasgó su cabellera, dejándose un cómodo pelo corto que nada la favoreció. Ya no le importaba si estaba bella o si estaba fea, no era ninguna de esas, su prioridad. Todas sus fuerzas se centraron en aprender a sobrevivir en el nuevo mundo al que había llegado donde todo se confundía, como si nada estuviera viviendo su propia vida.
Su pelo corto, la entristeció, aunque a pesar de todo, se fue acomodando a ello. Se libraría todos los días, tener que lavarlo, darle brillo y peinarlo.
Al cabo de un cierto tiempo, hasta aquello también lo olvidó.

Habían pasado más de 13 lunas desde aquel día en el que se perdió. Los pensamientos seguían fluyendo, ahora eran sus únicos compañeros, ya siquiera recordaba que si cerraba sus grandes ojos y habría el Alma podría intuir para guiarse por el Corazón.

Cuando Anne llegó a este punto, muchos de los presentes sintieron el dolor que aquello significaba para su Mundo. La intuición era el Don más Sagrado que a Todos se les otorgaba, sin ello, no podrías vivir en ese otro Mundo, pues eso lo era Todo al ser la conexión con el mismo Corazón de Dios.
Se escucharon débiles quejidos de lamento, muchas miradas se tornaron tristes y apáticas, Petunia lloraba al tiempo que esbozaba una débil sonrisa, pues intuía que el Hada recibió una gran enseñanza a través de ese proceso a la que la condujo el destino.
Conejo Sensible, agitó sus erectas orejas, nadie se había dado cuenta de que a él no le dolió aquello, ni tampoco le alegró. Arturo conocía muy bien el resto de la historia de su gran e inseparable amiga la bella Hada Lukinna.

Entonces Anne continuó:

Caía un Sol de justicia, caminaba sorteando altos matorrales. En aquel Bosque salvaje, parecía no existir ningún camino. Todas sus extensiones estaban ocultas por plantas ancestrales.

- *Quizás nunca nadie antes, pasó por aquí, - imaginó Lukinna al comprobar que no existía un trazo definido de camino por el que transitar - Quizás, tenga que ser así. Quizás es mi caminar el que definirá un camino para llegar a mi objetivo. Quizás… ufff no sé….. quizás…. – acabó sintiendo, al tiempo que inconscientemente fue dejando pequeños huecos entre su sentir y sus pensamientos.*

De repente… por uno de esos huecos inconscientes… zas… se coló un deseo. Se asustó. Su Corazón parecía haber hablado. Pero entonces - para su desgracia - sus pensamientos lo acallaron. Sin venir a cuento, comenzaron a parlotear de forma automática. Cada uno tenía una voz, a veces hasta diferente sonido, pero todos la conducían a un lugar de temor.

- *No te fíes, no vayas por ahí. Eso que deseas es imposible de conseguir – decía uno de ellos.*
- *No te fíes, sígueme a mí. Yo siempre te daré seguridad y una vida llena de riquezas y abundancia que te llenará.*

Entonces Lukinna, imaginaba un lugar de ensueño, donde ella era la dueña de todo. Jardines de preciosos parterres, un Palacio, carruajes con Caballos engalanados a su entera disposición. Criados y cocineros, joyas, y una preciosa melena que alguien peinaría, sin que ella tuviera que hacer ningún esfuerzo por mantenerla limpia.
Sus pensamientos continuaron llenándola de expectativas, de todo aquello que podría conseguir si se avenía a perseguir esas grandes fantasías que le permitirían una forma fácil de vivir. Así ella

sería quien determinaría su propio estilo de vida y la de todos aquellos que la servirían y le garantizarían su bienestar.
Lukinna, trastabilló, sin darse cuenta se cayó de bruces. Una gran piedra se había puesto en su camino, era como si la quisiera detener, para que no continuara por ahí. Un fuerte pensamiento que conducía graves improperios la acompañó, instalándose en sus adentros y llevándola a dirigir su destino sin hacer caso de la piedra del camino.

- *Estúpida piedra!!! Qué narices hará aquí en medio!!! No pienso dejar que entorpezcas mis sueños. Pienso ir hacia allí – gritó para sí, para confirmar que era ella la única dueña de su vida.*

Como pudo - haciendo grandes y peligrosas piruetas - pasó por encima de la piedra. Tal y como la saltó, se giró y la insultó, tratando al objeto de simple e inútil entorpecimiento. Así continuó caminando, pisando ahora con fuerza los matorrales que antes únicamente sorteaba. Al pisarlos, dejaba la huella de cada paso que daba, eso hizo que los matorrales no volvieran a crecer por donde ella pisaba.

Una increíble y mágica Hada, hacía tiempo que observaba a su Hermana Lukinna. Desde su posición podía ver como Lukinna cada día se alejaba más de sí misma, como si negará quien era y quien siempre fue.
Salomé no tenía idea de qué podía hacer, así que prefirió esperar a que fuera la propia chica quien en el error de su caminar, descubriera la forma de rectificar.

Cuando Lukinna hubo sobrepasado la roca que se interpuso en su camino, ésta se deshizo de su aspecto rocoso, recuperando su verdadera forma. Era Dariel, el Anciano Duende, quien había recurrido a ese juego, para advertir a Lukinna que se estaba desviando del camino. No le había servido de nada, el Hada no lo había reconocido, no había sabido sentir su Espíritu. Esperaría a que más adelante la vida los volviera a acercar.

Con su inseparable piedra a modo de cuchillo, cada cierto tiempo – cuando le crecía el cabello – lo volvía a cortar, no permitiendo que aquel aspecto de lo que en su día fue, pudiera regresar.
De sus alas con las que era capaz de surcar los Cielos, siquiera se acordaba, más bien siquiera recordaba que eran parte de sí. De ese modo, también se olvidó de volar a su antojo, por los fantásticos Mundos que Dios siempre le regaló.
De tanto que hacía que sólo utilizaba sus extremidades para moverse en el tiempo, se había anquilosado, al igual que lo hicieran sus sentimientos.

Un buen día, una pequeña Mariposa se le acercó:

- *Hola hermosa!!! – le gritó.*
- *¿Me hablas a mí…? – preguntó con desconfianza.*
- *Si, a ti, a quien va a ser…*
- *¿Quieres algo…? ¿Te pasa algo…?*
- *No, no me pasa nada, sólo te he saludado… verás… es que me gustaría conocerte… bueno… si tú quieres… - le propuso la Mariposa con mucha timidez y con algo de miedo a la respuesta.*
- *No veo que interés te despierto – le confesó el Hada bastante desinteresada.*
- *Pues quiero que sepas, que me despiertas un gran interés. Nunca antes había conocido un Hada con el pelo corto, que ignorara sus alas y lo que es peor, también sus sueños.*

- *Eres muy ignorante Mariposa, sólo aclararte que el cabello lo llevo a mi antojo, de este modo no tengo que pasarme el día cuidándolo. Mis alas no las ignoro, lo que ocurre es que no me sirven de nada y tampoco ignoro mis sueños, que sepas que tengo una gran ilusión…*
- *Ahhh!!! Qué interesante!!! ¿Me puedes explicar que es…?*
- *Tendré grandes extensiones de tierras, viviré en un Palacio, cuidarán de mí numerosos operarios, tendré mis propios cocineros, y muchos jardineros que recogerán flores para guarnecer mis salones, todos los días. En la puerta me esperaran los carruajes, con preciosos caballos engalanados, para cada ocasión que se tercie. ¿Te parece todavía que no tengo sueños…?*

La Mariposa dejó de aletear, se posó en el hombro de la chica y entornando sus párpados le hizo saber lo triste que se sentía.

- *Brrragggrr!!! Lo que me temía. Estás totalmente perdida… - concretó la Mariposa sin poder evitar una exclamación de terror.*
- *Perdida Yoooo!!! Tú estás loca. A ver si te enteras – le gritó muy airada dándole un manotazo para que volara -. Mira este Bosque. ¿Qué ves…? – le preguntó orgullosa.*
- *Pues veo un lugar en el que no hay árboles, ni flores ni nada más que encontrar. Perdona que te diga, pero aquí no hay Vida.*
- *Estás por tocarme las narices. Este es mi Bosque y claro que hay vida, mira, observa…*

El Hada le mostró una amplia panorámica, pero la Mariposa sólo podía ver extensiones inacabables de nada.

- *¿Tienes amigos…? – preguntó la Mariposa como si cambiara de tema.*
- *No, amigos… no tengo. No los necesito.*
- *¿Tienes familia…?*
- *Familia… familia si tengo, claro que tengo – le aseguró.*
- *Ah ¿Y qué tal están tus hermanas…? ¿Por qué tienes hermanas, verdad…?*
- *Bien, imagino que están bien – le respondió sin mostrar interés.*
- *Puedo ser yo tu amiga si quieres…*
- *Tú mi amiga!!! – exclamo confusa – perdona pero para que seas mi amiga tienes que ganártelo – le dijo con una gran soberbia.*
- *Estoy de acuerdo, si me dejas voy a intentarlo.*
- *Intentarlo no te lo prohibiré, pero dudo mucho que sepas como ganarte mi confianza.*
- *Entonces, si me lo permites, lo intentaré. Por cierto Lukinna, mi nombre es Hevier.*

Dicho lo cual la Mariposa desapareció sin más. El Hada se extrañó sobremanera de que Hevier conociera su nombre. Pensó que la Mariposa estaba loca, que era una estúpida pretenciosa, que no tenía con quien hablar. Creyó que era maliciosa por quererle enseñar como en su Bosque no existía nada que pudiera aportar belleza al lugar en el que vivía. Le dio pena, pensó que cuando la viera le dejaría estar un rato con ella, así la pobre se distraería.

- *Pobre Hevier!!! Qué desgraciada tiene que ser. Es tan ingenua!!!*

Los días se sucedían y Lukinna no volvió a ver a la Mariposa.

- *Ufff!!! Le habrá ocurrido algo. Seguro que se ha perdido y no sabe cómo encontrarme. Quizás esté desesperada buscándome – se dijo a sí misma, creyendo que Hevier estaría deseosa de verla.*

Para sorpresa de Lukinna, la Mariposa no hacía acto de presencia. Salomé muy cerca, continuaba estudiando esos extraños sentimientos que tenían cautiva a la chica. Lukinna, paso a paso, siguió arrasando con su forma de caminar. Aprendió a controlar cada movimiento que daba. Jamás se dejó llevar por nada ajeno que le hablara. Mostró terquedad, empeño y algo de sagacidad, pero nada de todo eso le valió la pena.

Un noche en la que no podía más, exhausta, se dejó caer contra el suelo, ya no tenía ganas de continuar soñando con sus tierras y su Palacio. Parecía que jamás los iba a poder alcanzar.
Tumbada espalda contra el suelo y con los brazos abiertos hacia el Cielo gritó, como nunca antes lo había hecho.

- *Por favor ayuda, estoy en un camino sin salida, no encuentro hacia donde tengo que tirar. No tengo rumbo, no conozco el motivo de estar dando vueltas y más vueltas en este estúpido sitio.*

Por vez primera, algo en ella se debilitó. Las lágrimas que tanto reprimió volvieron de nuevo a brotar. Sola, creyendo no ser dueña de nada, siquiera de sí misma, quiso escapar, apretar a correr, volar, huir, desaparecer...
Pero nada de aquello ocurría. Cuando se daba cuenta, sentía que estaba allí, en el mismo sitio, sin saber más que hacer.
Por fin, se quedó adormilada. Sus pensamientos intentaban despertarla, pero una extraña fuerza se la llevaba. Finalmente en aquella desesperación, se dejó vencer. Permitió que fuera quien fuera quien la llamaba tuviera más fuerza que sus temores.
Sucumbió. Su mente calló. Desapareció el temor. Se hizo el silencio y entonces, ocurrió…

Cuando abrió los ojos, no podía creer lo que vio. Justo sentado a su lado había un Conejo. Entre sus patas sostenía algo que roía con devoción. Agitó sus orejas para ahuyentar a los insectos que lo asediaban. Por fin dijo algo:

- *Voy al Lago a darme un chapuzón!!! Qué calor que tengo!!!*

El Conejo se marchó del lado de Lukinna, dando largo saltitos. El Hada sin poder evitarlo, se levantó y lo siguió. Era todo muy extraño, no podía reconocer el lugar en el que estaba ocurriendo aquello. En ese Bosque todo era diferente. Enormes árboles creaban sombras inimaginables. Una profunda, verde y florida vegetación, plagaba los rincones, creando una belleza, difícil de explicar. Pájaros de múltiples colores, criaban, cantaban, dormían o mutaban su plumaje. Ardillas, hurones, lechuzas, halcones, cervatillos, libélulas, abejas, etc...podían distinguirse por todos los rincones.
Lukinna, disfrutaba de toda aquella vida, sin perder de vista al Conejo. Tenía curiosidad por saber a dónde se dirigía.

Anne detuvo la lectura. Conejo Sensible carraspeaba en ese preciso instante. Los presentes lo observaron y el Conejo sonriéndoles, animó a Anne para que continuara, a lo que la Mariposa se cruzó sobrevolando la Fuente Sagrada. La Ardilla cotilla, se cambió de rama, aprovechando para comerse una avellana. Los gorriones se balancearon. Estaban tan contentos con la moraleja de aquel cuento!!!
Mamá Oca se acercó a Wubunae a darle un besito, la Loba y Petunia, se acurrucaron muy juntas. La Serpiente buscó una sombra, a lo que acudió rauda la Perdiz y su amiga Lombriz. Cuando el Asno lanzó un rebuzno, todos se giraron y al hacerlo, pudieron descubrir algo.

- Ahhh!!! Es ella – se escuchó decir a alguien.
- Ahhh!!! Si, mirad, es cierto es Lukinna, está aquí con nosotros, puedo reconocerla por su pelo.

Rápidos, el resto no entendieron. El Hada a la que se referían lucía una preciosa cabellera de puro terciopelo. La chica sonrió, a lo que el Hada Salomé agitó su varita y tras lanzarles a todos su mágico polvo de estrellas, Lukinna agitó sus alas, los sobrevoló a todos e hizo lo propio, tal cual Salomé le enseñó.

- Ahhh!!! Lukinna tienes alas de Hada y sabes volar, tus alas son mágicas, también contienen polvo estelar!!!

Una fuerte algarabía se desató. Anne como pudo les advirtió que tenía que continuar.

- Perdona Anne!!! – se escuchó.

A lo que Anne continuó con la narración:

Después de mucho correr tras aquel ágil Conejo, se dejó caer de rodillas contra el suelo, apoyando sus manos en el limo que rodeaba un Gran Lago. Lukinna se sorprendió, sus manos se estaban humedeciendo. De golpe, el Agua del Lago, le hizo de espejo.

- *Ohhhh!!! – exclamó, sorprendida por lo que había visto.*
- *¿Qué te ocurre? – habló el Conejo por primera vez, mientras resarcía su Sed con las Aguas del Lago.*
- *¿Hablas…?*
- *Sí, claro que hablo. Mira allí enfrente.*
- *Ohhhh!!! – volvió a exclamar.*

Ante sus Ojos se abría la Cascada más espectacular con la que jamás alguien hubiera podido soñar.

- *Es… es… preciosa – balbuceó.*
- *Como tú – afirmó el Conejo mirándola a los Ojos con sinceridad.*
- *No, eso es imposible.*
- *Mírate de nuevo y dime que ves.*
- *Ufff, casi no me reconozco. He recuperado mi larga y espléndida cabellera. Mis alas portan el polvo que me hace mágica. Mis sueños… mis sueños no están en esas estúpidas riquezas. En mis sueños… ahora estamos Todos. Formamos una Familia de Conciencia. Nos amamos tal y como somos, sin importar nuestra raza o procedencia. Convivimos con tal forma de riqueza, que todos tenemos de todo y cada uno de nosotros es dueño de sí mismo y de la Verdad de lo que su Corazón encierra. Sabes… Conejo… en ese sueño que tengo… Somos Todos UNO con Dios.*
- *Ohhhh!!! Lukinna lo has conseguido!!! Has conseguido sentir donde se halla la Verdad. Vamos a nadar hasta la Cascada – le propuso.*

Lukinna y Conejo Sensible alcanzaron la Gran Cascada. El Hada se bañó bajo aquel increíble Manantial de belleza indefinible. Se permitió sentir en cada átomo de su Ser, todo lo que la Cascada le imprimía. Buceó en las Aguas del Lago, jugó en las Fuentes con todos los Seres que se

acercaron. Sintió su cabellera como le caída húmeda por la espalda y recordó a la perfección como tendría que cuidarla. Nadó de nuevo hasta la orilla. Arturo la acompañó. Tenía muy claro cuál era el siguiente paso.

- *Sabes Arturo, estoy deseando ir a buscar a alguien…*
- *Ah sí, ¿de quién se trata…?*
- *Es una Mariposa preciosa, su nombre es Hevier, me propuso su amistad, pero en mi arrogancia no la comprendí. Lo siento, tengo que dejarte. Tengo que dar con Hevier es urgente. Adiós.*
- *Adiós!!! Nos vemos muy pronto.*

El Sol comenzaba a despuntar por el Horizonte de aquel inmenso Bosque por el que sólo crecían matojos. De repente pareció escucharse el aletear de una Hada cuyas alas lanzaban polvo que caía sobre alguien que todavía dormía.
El Sol insistió, volviendo más poderosos e intensos sus rayos, que con cariño rozaban el cuerpo que yacía de brazos extendidos como rogando algo.
Lukinna se desperezó. Lentamente abrió los Ojos y despertó. A su alrededor largas varas procedentes de los matorrales que lo cubrían todo, le ocultaban al Sol. Recordó que con ella llevaba siempre una afilada piedra. La sujetó con fuerza y comenzó a abrirse paso cortando los matojos. Al despejar el suelo, se pudo comenzar a definir un camino. Cada nuevo paso que dio, fue haciéndose consciente de que era su responsabilidad darle belleza a la trayectoria de su la vida. Lo tuvo claro, sin más comenzó a soñar como lo haría.
A los pocos metros pudo observar a dos gorriones balanceándose en una rama de olivo, al tiempo que cantaban, cautivados por el aroma de una preciosa rama que despuntaba.
Nunca antes los había visto, ni a los pajaritos ni al olivo. Se sintió encantada por aquella novedad de su camino. Así continuó caminando, labrando con sus propias manos cada uno de los pasos.
Un buen día, pasado mucho tiempo, sintió el agobio del calor. Era mucho más madura, más decidida y astuta. Tocó su pelo, había crecido mucho, ahora tenía brillo. Recordó la bella Cascada de Agua, esa que tanto la conectó con el Amor, la añoraba tanto… - sintió.
Ahora, en el Bosque que cruzaba se podía ver claramente el camino que había trazado para alcanzar su destino. Estaba lleno de recovecos, de curvas, de intersecciones, de vueltas y de rectas, pero al fin y al cabo era un camino precioso, pues cada vez que puso el Corazón en sus pasos, preciosos árboles se dibujaban. Incluso aparecían ardillas, y muchísimas otras formas de vida.
Aunque en el fondo ella sentía que le faltaba algo. Le faltaba dar con su amiga. Aquella noche se le ocurrió una idea, cerraría los Ojos, abriría su Corazón y desde el mismo centro pondría la intención de dar con Hevier, la Mariposa que un buen día la vino a ver.
En el silencio de su mente fue capaz de proyectar una visión. Vio claramente a la Mariposa acicalándose al lado de una Cascada de Agua. Tan pronto como la vio se dirigió a ella, se acercó y muy bajito a su oído le habló:

- *Hevier, soy Lukinna ¿me recuerdas? Te hecho mucho de menos. Tengo muchas ganas de verte, de que me conozcas y de yo conocerte. Tenías razón, quiero que seamos amigas. Creo que hiciste lo justo y necesario para que me diera cuenta. Muéstrame dónde encontrarte.*

En la mente de Lukinna la Mariposa aleteó, portando a la chica a un lugar al que solamente llegaría si podía volar igual que lo hacía ella. La Mariposa se encontraba en la Cueva que ocultaba la Gran Cascada.

- *Ahhh!!! Ya entiendo. Gracias Hevier, te prometo que lo conseguiré.*

El camino continuaba, pero Lukinna ya no se dejaba vencer por nada, tenía muy claro que si quería algo, lo tenía que conseguir con su propio esfuerzo. Ese y no otro era el mérito. Aquella tarde, una fuerte lluvia lo inundó todo, se comenzó a hacer difícil transitar por el Bosque. Pese a ello, continuó, hasta que finalmente una inmensa roca se lo impidió.

- *Ufff, esto me recuerda algo. Una vez me ocurrió algo similar, una roca me vuelve a impedir el paso. Esto significa algo. Quizás tengo que parar. Tomó asiento junto a la roca y sin más comenzó a sentir aquello que la roca le quería decir.*

Un increíble Duende apareció ante sus Ojos. Era Dariel. Le era muy familiar. Lo miró atentamente. Se sonrieron mutuamente y por fin Lukinna gritó:

- *Padre!!!*

Dariel no era inalcanzable, si quería lo podía tocar, lo podía abrazar y besar y sobre todo se podían comunicar. La roca desapareció y al ir hacia Él, un gran murmullo se pudo escuchar. Parecían seres elementales, había gnomos, otros duendes, sílfides, salamandras, elfos y pequeñas cigarras, de los mundos de los que ella procedía. Ahora lo recordaba.
Un Hada preciosa se puso enfrente.

- *Acompáñame Hermana.*

Lukinna, sin darse cuenta agitó sus alas y se elevó como lo hiciera Salomé. Sobrevolaron el Bosque, conforme lo hacían Lukinna se recuperaba a sí misma, lo sabía porque se sentía libre y dichosa, eso significaba que ya nada la atrapaba.
La Gran Cascada, apareció ante las chicas. Sin dudarlo Lukinna corrió hacia la Cueva, al penetrar en ella quedó prendada por lo que su Corazón descubría. Hevier revoloteaba incansable sobre una esfera. Cuando Lukinna se acercó, quedó sorprendida. La esfera contenía la escena de su propia vida. Pudo contemplar cómo se alejó de sí misma y como poco a poco supo regresar. La Mariposa se había encargado todo el tiempo de sostener la intención de la constante transformación. Sólo así Lukinna alcanzaría a dar con la riqueza del camino.
Entonces la Mariposa se detuvo. Voló en su dirección y se fundió en su Corazón. Lo había conseguido.

En el Jardín de Rosas se escuchaban aplausos. Todos los presentes felicitaron a Lukinna. Era tan bella que si no hubiera sido por el Amor Incondicional de todo su Pueblo, nunca hubiera creído que merecía recibir tanto como dejó en el camino.

El Hada que añoraba la Cascada, se colocó en el centro y uno a uno fue agradeciendo el apoyo que le fue brindado.
La Mariposa se posó en su hombro, Arturo le regaló una de sus zanahorias. Dariel le sonrió y Salomé les anunció a todos que a partir de ahora Lukinna sería el Hada de Todos.
Sólo la Ardilla cotilla, fue capaz de insistir en algo:

- Lukinna ¿Qué ocurrió con esos pensamientos que tanto te atormentaban y te alejaban de Dios…?
- Que nunca más los volví a alimentar, así uno a uno fueron desaparecieron.
- Lukinna… y tu cabello… ¿te lo vas a volver a cortar…? – insistió la Ardilla con sus preguntas.
- No, jamás, mi cabello forma parte de mi Verdad. Sin él no Soy Yo.

Sacó su peine de plata y se puso a cepillar su melena, mostrando los destellos que era capaz de desprender, dejándoles a todos atónitos con su belleza.



UNDÉCIMO CUENTO

El Encantamiento de la Niña

Un día cualquiera, en El Bosque, una Ardilla fue testigo de algo. El Duende, llevaba un recado para una Doncella, que tenía a bien Amar a quien no le quería bien. Ese día el Duende estaba desolado por algo que había ocurrido. No comprendía el motivo por el que la Doncella, no era capaz de ver al joven que tenía a su lado y que había volcado su Vida, en conquistar su Corazón para regalarle todo lo que sentía que se había ganado.
El Duende, con un gran dolor, respetó el sentimiento que la Doncella eligió. Así, se confinó en un paraje de bellos y extensos olivares y esperó.
Esperaría todo el Tiempo necesario para que si estaba de Dios, la Doncella se diera cuenta de que su reliquia había sido devuelta, por aquel que la encontró.

Cuando el Duende miró al Cielo, buscando el Altar Mayor, siquiera pudo distinguir la Luz que en su día lo iluminó.

De repente, un Hada revoloteó incansable ante los entornados Ojos del Duende.

- Dariel, despierta, por favor. No te duermas – le rogó. Si lo haces, la Magia tan esperada se desvanecerá para siempre.

El Duende tuvo un sobresalto. No esperaba encontrarse allí con Salomé.

- ¿Qué haces aquí…? ¿A qué has venido…? Lo siento, márchate, ahora no puedo atenderte.

Salomé, advirtió como el mal humor afloraba de nuevo en aquel Señor. Fue entonces cuando comprendió el apelativo de Cascarrabias que se le dio.

- Por favor, escúchame – le pidió con toda la ternura de la que fue capaz.

El Duende a grandes zancadas, se dirigió a por su azada y se dispuso a cavar la tierra que estaba lista y preparada para ser sembrada. Mientras Él continuaba con su trabajo, el Hada insistió:

- Duende, sé que estás enfadado y que crees que todo ha sido en vano. Pero no es cierto.
- Calla!!! No sigas mintiendo – gritó al tiempo que se acentuaban los golpes de la azada contra la tierra de labranza.

De repente, Salomé advirtió algo, por vez primera observó al Duende llorar ante alguien.

- Estás llorando!!!

Dariel, soltó la azada, paseó con las manos en la espalda, dando largas zancadas, refunfuñando e intentado contener la lista de improperios que acudían a su boca. Le importaba muy poco que el Hada hubiera visto sus lágrimas, mucho peor era, la desolación de sus entrañas.
Salomé, terca como una mula, continuó revoloteando a su alrededor, estaba convencida que de un momento a otro, el Duende la escucharía.

- Basta!!! Basta!!! Está bien ¿qué quieres de mí…?
- Sólo quiero que me atiendas – le propuso, secándole una lágrima atascada en una de sus profundas arrugas.
- Te escucho – se detuvo, poniéndose firme y de brazos cruzados.
- Mira… ves lo que yo veo. Ahí, en aquel punto diminuto del Cielo…? – preguntó, señalando hacia una Estrella, con nombre de Constelación.
- Si, puedo verlo. Es la Mariposa. Allí donde se guarda la información sobre el principio y el final de la Creación. ¿Por qué me preguntas eso…?
- Porque en esa Estrella, un buen día Ellos construyeron un precioso Templo para albergar el Amor y la Pasión del gran encuentro, ese que protagonizarían las Hathors y los Arquitectos, para el gozo de una Gran Dama y un Gran Señor, que sacrificaron su Amor, por el bien mayor de todo el Reino.
- Si, lo recuerdo. Es el Templo en el que morarán Melkizedec y Heneas.
- Por favor, acompáñame.

Salomé, revoloteando al tiempo que dibujaba un precioso baile, condujo a Dariel hasta un lugar.

- Mira allí, quiero que veas algo.

El Duende no se lo podía creer, vio a un apuesto joven que irradiando la Luz del mismo Sol se dirigía en busca de alguien, de la Dama que amaba con todo su Corazón.

- Ves, ese es nuestro deseo, que Ellos se encuentren y consigan de una vez, vivir su trágica y mágica historia de Amor. Esa será la Magia que vivirán todos aquellos que brindaron sus Vidas a la búsqueda de los Misterios que Dios puso a disposición, de quienes en Verdad desearan con todas sus fuerzas vivir el Verdadero Amor.

El Duende no pudo evitar llorar de nuevo, acarició con su índice la mejilla de Salomé, al tiempo que Ella le devolvió una espléndida sonrisa, esa huella que Él tanto conocía de Ella.

- ¿Crees que la encontrará…? – preguntó mientras su voz se quebraba por la emoción.
- Sí, estoy segura de ello, sé que lo hará. Él siempre sabe dónde se esconde.

La Ardilla, que lo había escuchado todo, supo que algo grave ocurría para que el Duende temiera de aquel modo. Jamás antes nadie había visto al Duende quebrándosele la voz.
Sin dudarlo, comenzó a correr, cruzando de parte a parte El Bosque. A su paso iba informando a todos los habitantes de aquello de lo que había sido testigo.
Al alcanzar la Fuente, el punto de reunión, muchos fueron los que se aglomeraron, algo aterrados por lo inusual de aquella precipitada convocatoria.

La Ardilla, les explicó punto por punto toda la conversación entre Dariel y Salomé y de cómo incluso, el Hada le tuvo que secar una lágrima a aquel grandullón.

Los habitantes del Bosque no se lo podían creer.

- ¿Qué está ocurriendo…?
- ¿Por qué la niña se sigue escondiendo…?
- ¿A qué tiene miedo…?
- ¿Habrá encontrado Él a la Doncella…?
- ¿Le habrá devuelto la reliquia…?

Se escuchaba preguntar a unos y otros con total asombro.

A todo esto, alguien pareció abrirse paso entre los presentes, se trataba de Mamá Oca y de la Loba, habían escuchado atentas la información transmitida.
Con el Corazón en un puño, decidieron tomar partido. Así la Loba pidió silencio para que todos pudieran escucharla con atención:

- Comprendo vuestra preocupación, algo no está encajando para que el Amor se materialice en un único Corazón. Esto es algo que nunca antes ha ocurrido y es por ello por lo que siento que un gran temor se ha despertado ante lo nuevo.

Los presentes, asintieron comprendiendo lo que intentaba transmitirles la Loba. Entonces quiso intervenir Mamá Oca:

- Ante lo nuevo es la niña quien tiene que hacer frente si consigue liberar el Encantamiento de su Corazón. Hace mucho, mucho tiempo, un mendigo de profesión Pastor, me entregó el siguiente mensaje. Se trata de una pequeña adivinanza. Si entre todos conseguimos resolverla, la niña podrá vivir la Dicha y los efectos de sus intensas Vidas. El texto dice lo siguiente:

  Una niña apareció en el Bosque, el Encanto de su Sonrisa, llevaba consigo la solución, cuando desvelara la niña, el Encantamiento de su Corazón.

  - ***Oye niña!!! ¿Ves cómo brilla el Altar Mayor…? Pues que sepas, que esa es Tu Dicha, la que te brinda el Encanto de tu sonrisa,***
    Pero eso no te lo he dado Yo.

- La niña es la Esencia recuperada tras la experiencia – dijo la Serpiente.
- El Encanto de su Sonrisa, es el reflejo de la Dicha que anhela su Corazón – dijo la Perdiz.
- El Encantamiento es la Magia que fluye de sus sueños, para alcanzar a conseguir vivir sin temor – dijo Conejo Sensible.
- El Altar Mayor es la Constelación de la Osa, allí donde Ella y Él fraguaron su existencia para poderse conocer y ser volcado todo su saber en la Mariposa – dijo el Asno.
- La Dicha es aquello que libera al Corazón de cualquier temor, cuando la alcanzas ya no temes nada, sólo existe el deseo de Vivir tal cual Dios te lo regala – dijo Wubunae – lo sé muy bien.
- ¿Pero quién es quién le dice todo esto…? – preguntó extrañada la Lombriz.
- Eso, ¿Quién es quién se lo hace saber para que Ella sea consciente…? – se añadió a la pregunta el Papagayo.
- Sólo puede ser Él – aseguró la Serpiente.
- ¿Él…? – ¿a quién te refieres..?

- A aquel que la acompañó durante todo su viaje, ese sólo puede ser Uno. Sólo puede ser el Sol.
- Aaahhh, claro. Si Ella es la Luna y Él es el Sol, cuando la niña lo vea, podrá ser Dichosa y hacer brillar el Altar Mayor – dedujeron al unísono los ancianos gorrioncillos.

La Mariquita, comenzó a dar saltos de alegría y sin poder detenerse, como siempre hacía, dijo:

- ¿Y podrán encontrarse definitivamente…? ¿Podrán tocarse y amarse para siempre…?
- Si - se escuchó decir.

Todos los presentes se giraron, era la voz del Duende. Salomé acudía con Él, revoloteando a su alrededor imparable.

- De un modo u otro Ella lo reconocerá. Os tengo que garantizar que le he visto a Él irla a buscar.
- ¿A dónde la encontrará…? – preguntó alguien con curiosidad.
- Sólo puede estar en un lugar. Ahora sólo nos quedar continuar soñando para que Ella no se pierda.
- ¿Y si vuelve a esconderse…?

Entonces Salomé intervino:

- No, Ella sabe que tiene que dejar de hacerlo, pero necesita su tiempo.

Wubunae, secaba las lágrimas de Mamá Oca. La Loba azotaba su cola con fuerza, para sacudir cualquier resto de su herida que pudiera dolerle todavía a la niña. En el Corazón de todo El Bosque sólo podía presentirse lo que ocurriría, pero nadie sabía cómo la niña terminaría de escribir su historia.

La Ardilla, hacía rato que se había alejado de la Fuente para ir a presenciar algo. Igual que lo hiciera Dariel, ella también pudo ver al joven que como un galán jinete, se dirigía a un lugar muy concreto.
El Sol de aquel día se ocultó por completo. Tenía que apagarse para poder penetrar en las aguas de ese lugar. Nadie pudo verlo, pero todo los presintieron, pues esa noche en el mismo centro de la Luna, pudo descubrirse una silueta que a Caballo trotaba, controlando su desbocado Corazón, pues cuando la encontrara, siquiera sabría cuál sería la respuesta de aquella niña convertida en Doncella.
Siquiera el mismo Dios conocía la respuesta.



DÉCIMO SEGUNDO CUENTO

El Sabio Duende Cascarrabias y la Fuente que no engaña

El Sol estaba comenzando a tocar el zénit. Hacía ya unos días que había emergido de las aguas en las que se hundió. Alguien, muy atento, no dejaba de contemplar el proceso que hiciera aquel anciano señor, ese Gran Sol del Universo que Hoy parecía nuevo.
Mientras el intrigado, intentaba descubrir los misterios de aquel proceso, percibió algo. Una burbujeante escena se estaba produciendo, en las aguas que emanaban de La Fuente situada en El Jardín de Rosas de Anne.

- Mirad!!! – gritó a quien pudiera escucharle – mirad qué está ocurriendo!!! Es el agua de La Fuente, ahora parece inagotable.
- Ooohhh!!! Es cierto. ¿Qué puede haber ocurrido…? – preguntó otro interesado en el suceso.
- Es como si algo hubiera cambiado. La Fuente lo está inundando Todo, no existe nada que no contenga una sola gota de sus aguas.
- Es maravilloso!!! – exclamó un tercero que se acababa de acercar a sus compañeros, tras escuchar la algarabía que se estaba produciendo.
- Mirad!!! – volvió a repetir el primero – mirad, es la Estrella Polar. Mirad, no os lo perdáis, mirad. Mirad que está ocurriendo!!! – insistió una y otra vez, embelesado y lleno de alegría por fuera y por dentro.

La Estrella Polar está emitiendo ondas paradisíacas, las mismas de oro y plata que solo surgen cuando ellos han tomado asiento.

- Es fantástico!!! Lo han conseguido!!!

Alguien quedó compungido. Si aquello era cierto, significaba que no podrían continuar disfrutando de Anne y de sus mágicos cuentos.

- ¿Os dais cuenta de algo…? – preguntó a sus compañeros.
- ¿Qué ocurre…? ¿Por qué te pones triste…? – dijo Mamá Oca a Wubunae.
- No la volveremos a ver más… - exclamó en voz baja y con cara de pena.
- No te equivoques – le contestó la Madre – la veremos todos los días y todas las noches y ahora más que nunca Ella será Dichosa, pues si alcanzó el Paraíso, significa que está con Él, con el único con quien podrá ser todo lo que es.
- ¿Y sabéis algo más…? – preguntó esta vez la Serpiente con rostro de sabia tal y como lo había sido siempre.
- No, ¿qué más deberíamos saber…? – inquirió Arturo, muy interesado por aquello que saliera de los labios del reptil más avispado.

- Ellos nos acompañarán siempre, y no sólo eso, sino que además podremos ir a verlos, siempre que lo deseemos. Serán nuestros guías, nuestros padres y nuestros referentes. Llevarán en ellos la Dicha de poder comenzar este nuevo día y de este modo, no volver a vivir las penas, sino llenar el Universo de formas desconocidas de vida. Algo que ahora ni siquiera imaginamos.
- ¿Pero qué estás diciendo…? – preguntó sembrando la duda la Loba, al tiempo que Petunia la miraba extrañada.
- Pues eso – sentenció, corroborando sus palabras – ahí lo dejo, ahora sólo tendréis que aprender a dejar de dudar. Con dudas no se puede entrar en la Vida que nos regala la Estrella Polar.
- Yo no tengo duda!!! – exclamó Wubunae emocionado.
- Ni yo – dijo el Papagayo
- Ni yo tampoco – sentenciaron Conejo Sensible, Lukinna, los Gorriones, Mamá Oca, el Asno, la Perdiz, la Mariquita, Petunia, la Lombriz y el resto de los presentes.

Sólo la Loba se sentía contrariada, quizás fuera la herida o quizás no fuera nada. Quizás fuera el miedo a vivir todo lo nuevo. Quizás fuera el sentir que ella no era digna de vivir aquella vida perfecta. Mientras la Loba encogía su cola entre las piernas traseras, Petunia, les decía a todos que fueran generosos con el sentir de la Loba.

Pasados unos días de toda aquella algarabía, sucedió algo muy extraño que algunos no se quisieron perder. Ocultando un objeto posado a ras de suelo, parecía que entonaba un cántico un señor anciano. El anciano con cara de pocos amigos, estaba más que satisfecho con lo que había sucedido. Una Hada muy risueña, quiso acercarse a su oído.

- Dariel!!! ¿qué ocurre? ¿te has quedado dormido? Parece que no estés aquí… - le aseguró.

El Viejo Duende Cascarrabias, esbozó una amplia sonrisa, pero no dijo nada, continuó con su cántico como si Salomé no existiera. No permitiría que nadie le distrajera.
Salomé, lo observó extrañada, el Duende nunca acostumbraba a ignorarla de aquella manera. Quedó a retaguardia, esperaría a que el precioso cántico que brotaba de los labios del Duende llegara a su fin.
Un remolino de Elementales, se fueron acercando. Cada minuto que pasaba, más y más silfos y salamandras, rodeaban La Fuente y el lugar en el que se hallaba el desconocido objeto y el Duende. Al poco, todos los habitantes de los alrededores hicieron acto de presencia. Nadie se había perdido el sonido emitido por el anciano.
Unos acudían con ansias de saber qué ocurriría, otros con ganas de preguntar hasta cuando el sonido de aquel día y otros, los que menos, extrañados por la intriga que despertaba aquello en sus compañeros, acudieron pese a no sentir que tenían que hacerlo.
Nadie decía nada. Todos restaban en poderoso silencio. El Duende cantaba y cantaba, una nueva estrofa que brotaba de su Gran Alma, al tiempo que La Fuente irradiaba un novedoso destello.

Salomé, revoloteaba, estaba muy intranquila, era como si fuera a suceder algo que nunca antes había vivido. Le temblaban las alas, le temblaba la voz, le temblaba la mirada y le temblaba el Corazón.
De tanto en tanto el resto la miraba, como la miraría el mismo Dios, despertando en Ella un anciano recuerdo, que brotaba del cántico de aquella poderosa voz.

De repente, el Duende se calló. Tal y como esto sucedió, dejó al descubierto el objeto, que no era más que un Diamante pretérito. Lo alzó entre sus manos, mostrándoles a todos, que era el mismo Diamante que cayó del Cielo.

- Ha emergido de La Fuente. Ha llegado a nosotros, lamento deciros que eso significa que Anne ha muerto. Ha muerto como quién era, pero también significa que ha nacido en una forma nueva.

Se escuchó una exclamación que cubrió El Bosque entero. Raudas lágrimas acudieron a los Ojos de todos los presentes. La noticia era dolorosa para toda la Familia, aunque todos comprendían que era preciso vivirla.

- No por favor, lágrimas no. La muerte de Anne es su propio éxito. He cantado para Ella, para que nunca olvide nuestra canción y escuchad, Ella me ha devuelto su nombre de Verdad – aclaró Dariel.
- ¿Y cómo se llama ahora…? – preguntó Mamá Oca.
- Ella es Iris Dafna y su Hogar la Estrella Polar.
- Oooohhhh!!! – se escuchó a la multitud – lo ha conseguido…
- ¿Y es feliz…? – preguntó Wubunae a Dariel.
- Si, lo es. Ahora está con Él. Y juntos darán un nuevo rumbo al mundo.
- Es magnífico!!! – gritó la Mariquita.

Pocos habían advertido que Salomé lloraba, apartada y escondida bajo una rama de un antiguo Olivo. Los recuerdos afloraban, el Corazón se le desbocaba. Estaba entusiasmada por sentir la Dicha de Anne. Agitó levemente sus alas, dejando caer las esporas sobre un lecho de mariposas. Al momento las sílfides y los silfos acudieron raudos a recoger el alimento. Observaban de una forma extraña a Salomé, quien siquiera se daba cuenta que algo estaba a punto de suceder.

El torbellino de silfos ocultaba quien acudía con un mensaje. Una espectacular columna de Aire avanzaba en dirección a Salomé. Todo, absolutamente todo, volaba por los aires. Las hojas de los árboles, formaban un extraño torbellino que se podría decir que aquello, en realidad era un baile.
Tanto fue así, que más de uno de los Seres del Bosque, en lugar de asustarse, se quedaron observando atentamente, en qué finalizaba aquella increíble danza. Recordaron haber presenciado, en otro tiempo, algo semejante. Algunos incluso comentaron, como era capaz el Aire de hacer algo tan sumamente Sagrado.
Parecía que el movimiento, estaba sostenido, por alguien. Como si ese portador de la Fuerza del Aire, estuviera en camino.

De repente, Kabil se hizo presente, tomó forma, se dirigió a su objetivo, rodeó con sus brazos a Salomé y le dijo algo al oído, que no pudo escuchar ningún testigo.

La siguiente escena que se protagonizó en El Bosque, no tiene parangón, pues jamás en esos lares se vivió algo semejante.

El Hada Salomé y Kabil, bailaron eternamente, nadie los podía detener. Esta vez no era un sueño ni un deseo que cumplir, ni siquiera un anhelo al descubierto. Era la Verdad que brotaba de La Fuente que nunca engañaba.

Mientras todo esto ocurría y la multitud celebraba tal grado de alegría. Un anciano se alejaba, sin decir a nadie nada.
Al día siguiente, cuando ya amaneció, todos en El Bosque pudieron escuchar el aullido de La Loba. Petunia, Mamá Oca, La Serpiente, La Perdiz, La Mariquita, La Lombriz, Conejo Sensible, Los Gorriones, Wubunae, Lukinna, El Asno y El Papagayo, corrieron al encuentro de La Loba.
La encontraron subida en un alto peñasco, miraba al Cielo, aullando, aunque todos advirtieron que aquel aullido no era un lamento.
A los pies del peñasco, se hallaba tumbado el Anciano Duende Cascarrabias. Descansaba para siempre. Su rostro esbozaba una sonrisa de alivio. Se le veía que había marchado feliz.
Los miembros de aquella gran familia, no dudaron, entre todos crearon un precioso lecho elaborado con troncos y hojas de árbol.
Colocaron a Dariel y lo cubrieron de flores. Acompañándolo en silencio hasta la misma orilla del Atkhio. Alguien pudo ver como una poderosa ola, acudía a buscarlo. Tras aquel episodio, El Bosque pareció enmudecer.

Salomé y Kabil, continuaban su baile, el mismo que nunca antes habían podido vivir. Se miraban y sonreían y cada vuelta o pirueta que hacían, más cerca de la Estrella Polar se sentían.

De repente, alguien apareció tras uno de los troncos de Olivo.

Salomé se detuvo, miró a Kabil, por si Él conocía al intruso. Kabil, se encogió de hombros, sólo dijo:

- ¿Te conozco…?
- Si creo que nos hemos visto antes, pero ahora mismo no recuerdo – le aclaró el recién llegado.
- ¿Quién eres…? Tus Ojos me son muy familiares… ¿Cuál es tu nombre? – preguntó intrigada el Hada.
- Soy Baddy el Joven Duende.
- Ooohhh!!! Baddy bienvenido!!! Sabes… Te pareces mucho a alguien…
- Ah sí ¿a quién…?
- Tienes la misma mirada de Dariel. ¿Sabes cantar…? – le interrogó.
- Sí, siempre canto una bella canción que me brota del Corazón. ¿Queréis escucharla…?
- Si por favor…

El Bosque enmudeció de nuevo. Sus habitantes no se lo podían creer. De nuevo aquel cántico. La misma estrofa, la última que Dariel entonó antes de partir. La música que el Viejo Duende Cascarrabias compusiera para Anne.

Ves, Amor, ves.
Se libre y elige vivir.
Ves, Amor, ves.
Se única aunque nadie lo pueda ver.
Avivo tu Alma,
con las virtudes que emanan
de un antiguo mandala,
ese que nadie halla,
hasta que no te pueda ver.
Ves, mi Amor ves.
Ves tranquila,
allá donde la magia

se pueda tocar y ver.
No ocultes nada,
pues sólo tú eres La Maga,
la niña más mágica
que Dios para Todos creara.
Dotada de esa sonrisa,
la misma que colma de Dicha,
a todas las Almas,
incluso a aquellas
que no te creen reconocer.
Ves Hija ves.
Ves allí con Él,
sea como sea,
Yo siempre…
siempre…
contigo estaré.

Salomé, emocionada se abrazó a Baddy. Los sueños se habían hecho realidad. No existían las heridas, ni las emociones perdidas. Sólo y únicamente existía un espectacular HOGAR, el único en el con Dios te puedes encontrar.